

Biblioteca Universitaria	
OR DA	
Serie	A
Extensión	50
Título	
Número	191

17127002

0  
1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22

2  
38-2

4  
25

2  
38-2

Biblioteca Universitaria	
OR	
Ser:	A
Exemplar:	10
Tomo:	
Volumen:	191

17127002

**LOS DOS BALCONES.**



11.370

R-9147

# LOS DOS BALCONES,

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR PAUL JUILLERAT,

Y TRADUCIDA PARA EL FOLLETIN DE LAS NOVEDADES

POR

**E. DE MESA.**

BIBLIOTECA  
UNIVERSITARIA

**MADRID.—1860.**

IMPRESA DE LAS NOVEDADES, A CARGO DE J. TRUJILLO.—BARCO, 2.

## LOS DOS BALCONES.

### I.

Era el año de 1823, el carnaval tocaba á su término, y ya habían dado las doce de la noche.

Todos los almacenes del boulevard de los Italianos estaban cerrados, á escepcion de algunos cafés, en los que, antes de lanzarse al salón de la Ópera, cuyas puertas acababan de abrirse, un gran número de dominós de todos colores, y de hombres disfrazados ó vestidos de serio, preludivan por medio del punch, de gestos y risotadas, las aventuras y tumultos del baile. Contenida, no sin frecuentes altercados, por los gendarmes de á caballo, una doble fila de carruajes particulares y de alquiler (pues en esta época el baile de la Ópera atraía una gran concurrencia), se deslizaba por la calzada; una de las filas, formada por los carruajes ocupados, empezaba delante de la Ópera y concluía mas allá de la calle Grange-Bateliere; y la otra, compuesta de los carruajes vacíos, se dirigía por la calle Lepelletier, yendo por orden y al paso hasta la altura de los Baños Chinos; siendo únicamente en este si-

tio, en donde los agentes de policía y los gendarmes de á pié que la vigilaban, autorizaban á los cocheros á dispersarse; autorizacion de la que ellos usaban sin andarse en cumplimientos, de manera que el boulevard de las Capuchinas y las calles adyacentes, retumbaban con un ruido atronador.

La noche estaba despejada, el frío era intenso. Algunas pálidas estrellas se presentaban de distancia en distancia sobre el macilento azul del cielo, y como para suplir á la rojiza luz de los mecheros colocados á la entrada de la calle Lepelletier, y completar la dudosa luz de los reverberos suspendidos de trecho en trecho, la luna derramaba con profusion sus pálidos rayos. Estos rayos se reflejaban sobre una casa situada al extremo de la calle Grammont, y que posteriormente ha sido demolida. Esta casa, de buena apariencia, pero algo descuidada como la mayor parte de las casas de esta época, tenía tres pisos, teniendo su entrada por la calle de Grammont, y mirando su costado izquierdo hacia el boulevard. Una maciza puerta cochera pintada de gris y provista de un enorme aldabon, daba entrada á un espacioso portalon, recientemente pintado de amarillo. A la izquierda, y casi contigua á la puerta, había una habitacion embaldosada, á la cual se subía por tres escalones, y cerrada por una puerta estrecha, estau-

La mascarada gritó llena de entusiasmo:

—¡La apoteosis de Ludovico!

Un prolongado hurra acogió esta proposición.

El mago fué inmediatamente levantado sobre los hombros de sus amigos. Este pedestal improvisado permitió al joven contemplar, durante algunos segundos, el rostro del vencedor.

Aunque tarde, atraídos por esta escena, que degeneraba en *alboroto nocturno*, acudieron los agentes de policía.

—¡Cuidado, querido marqués! articuló un máscara disfrazado de molinero.

—¡Los gendarmes! los gendarmes! gritó una desenvuelta pastorcita.

—¡Eh! ¡vosotros! ¡atencion á vuestro comandante! exclamó el mago con voz enronquecida.

La cuadrilla guardó silencio.

—¡Al baile! gritaron despues en coro todos los máscaras.

Y llevando en hombros á su héroe, y entonando con toda la fuerza de sus pulmones una cancion propia de una taberna, se lanzaron en la calle Lepelletier, desvaneciéndose en ella como una ráfaga.

—¡El marqués de Bourcell murmuró el joven con cierta expresion de desprecio; ahora ya le reconoceré entre mil.

Y cerró bruscamente la ventana. Una ráfaga de aire apagó la luz.

## II.

No habiendo conocido padre ni madre, conducidos á la tumba, segun decian, al mismo tiempo que á él se le colocaba en la cuna, sin parientes, sin amigos, el que acabamos de ver trabajando á media noche en el citado estudio de la calle de Grammont, habia sido cuidado por una joven

labradora de los alrededores de Sables-d'Oloune.

Teresa Picard, viendo que no venian á reclamarle esta débil criatura, misteriosamente confiada á sus cuidados, se habia dedicado á prodigarle su cariño, del mismo modo que le habia prodigado su pecho, considerándole como un don especial de la Providencia.

Des pues de una aguda enfermedad, de la que se salvó milagrosamente, gracias á los cuidados y plegarias de su familia de adopcion, el niño abandonado habia vivido pacíficamente bajo el techo de la humilde choza, pasando de las patentes rodillas de su nodriza á los vigorosos brazos del marido de esta, acariciado por sus hijos, considerado por los criados y querido y mimado de todos. No eran solamente las personas que le rodeaban las que le manifestaban sus simpatías, las cuales él sabia pagar.

Hasta las aves y otras especies de animales desplegaban para con él un instinto de afeccion que admiraba. Con los caballos solia á veces entretener una conversacion de afabilidad y de abandono; y los perros formaban su círculo habitual, su intimidad privilegiada. Es cierto que distribuía con todos estos seres de la naturaleza sus cotidianas comidas, su pan de todos los dias.

Los Herbiere, así se llamaba la quinta, conservaba aun el recuerdo del bautismo del pequeño Florencio, nombre que se le habia puesto, segun la recomendacion espresa del anciano que, montado sobre un caballo que venia á todo escape, se habia detenido una tarde á la puerta de la quinta, y habia entregado á la nodriza, con algunas piezas de oro, y prometiendo volver en breve, promesa que no se habia realizado al recién nacido, envuelto en pañales de riquísima batista, y casi sepullado en un magnífico abrigo de seda. El dia del bautizo, celebrado en 1.º de junio, tranquilo y despejado, fué de verdadera fiesta en la quinta adonde acudieron todos los vecinos de los contornos. Todos llegaban luciendo

sus mejores vestidos; jóvenes y viejos, todos iban adornados con cintas y flores; se cantaron refranes; se desocuparon muchos toncles, y todo era risa, contento y alegría alrededor de la quinta.

A pesar de que, aunque sin exceso, se dedicaba á las labores del campo, y se le cuidaba con esmero, crecía con mucha lentitud, y apenas prosperaba, no adquiriendo sus miembros el debido desarrollo. Los domingos huía la compañía de los demás jóvenes, por evitarse el tener que alternar en los juegos de todas clases, que no hacian mas que fatigarle, lo que, advertido por Teresa, le confió el gobierno en jefe de los ganados, instituyéndole pastor.

Mas madrugador que las aves, Florencio, á los nueve años, salia con su ganado y sus perros, deteniéndose, ya en las llanuras, ya en el monte, al borde de los precipicios ó de los arroyos, y contemplando siempre la belleza de la naturaleza en la inmensidad de los campos, en la corriente de los arroyos y en la frondosidad de los árboles; cogiendo unas veces margaritas, otras amapolas ó nidos de pájaros, siempre mirando, pensando y meditando, no tenia por compañeras mas que á la Providencia y sus obras.

Familiar con el cielo, seguramente preveía los buenos como los malos vapores, y adivinaba las caprichosas figuras que estos habian de trazar en el espacio. Sondeaba la inmensidad de los horizontes, y los misterios de las enramadas. No habia una nube á quien no saludase á su paso, ni una estrella que no conociese. Descifraba, sin engañarse, las dudosas páginas de la noche y del crepúsculo, y leía claramente en la aurora.

De la frecuencia de estas mudas relaciones con el paisaje; de la continuidad de estas silenciosas conferencias con los insectos, las plantas, los pájaros y la creacion entera, resultaba para Florencio un desarrollo continuo de su naciente penetracion, y un notable acrecentamiento de sus facultades de exámen y de análisis.

La vista de los imponentes cuadros que le rodeaban; los grandiosos espectáculos que se desarrollaban sin cesar ante sus ojos, lejos de inspirarle el desaliento ó el terror con que hieren á las organizaciones débiles ó pobres, le sostenia, le electrizaba y le poetizaba, pues muchas veces instintivamente se consideraba el dueño de todas estas grandezas, el rey de todas estas magnificencias.

En la habitual contemplacion de lo infinito, en que varias veces se adormía, alimentaba su razon y fecundizaba su inteligencia, bebiendo en él las ideas mas puras y elevadas; aprendía, sin conocerlo, á amar y á creer, es decir, á bien vivir y á bien morir. ¡Cosa admirable! esta existencia especuladora, que no es muchas veces mas que el primer paso hácia una existencia perezosa, no le conducía de ningun modo á la molicie. Sentado á la orilla de los caminos, en pé sobre la cima de las colinas, ó acostado sobre el césped, sentía, sin poderse dar cuenta de ello, surgir y estacionarse en todas las partes de su sér inmaterial, un tropel de aspiraciones y de ideas.

Su aparente ociosidad redundaba en provecho de su actividad interior, y si bien invisible, no por eso su ocupacion era menos seria.

Florencio fué repentinamente separado de sus afecciones y de sus hábitos.

Ese actor infatigable á quien jamás se espera, y que aparece siempre en los dramas humanos para complicarlos ó resolverlos, *el imprevisto*, dispuso de él. Él le habia entregado á los brazos y caricias de la arrendadora, y él mismo lo arrancaba del poder de la bretona en ocasion en que esta creía incontestable su derecho de posesion sobre él; derecho, que justificaba con sus sacrificios y adoracion, y el cual jamás le habia venido al pensamiento que otro que no fuere Dios pudiese venir á quitárselo.

Una tarde despues de comer fué entregada una carta á Teresa Picard, que no estaba acostumbrada á recibir ninguna.

Esta carta, á la que acompañaban algunos billetes de Banco, y que estaba firmada: *Durosay, abogado en París*, reclamaba inmediatamente al pequeño pastor. Contenía además esta carta detalles tan marcados, y señalaba particularidades tan minuciosas, que no había medio de desconfiar de ella, ni mucho menos de oponer resistencia. Florencio tuvo, pues, que someterse, no sin pesar, al mandato que se le imponía. Cuando salió de la quinta, la tristeza se apoderó de ella; amos y criados carecieron de apetito aquella mañana; todo quedó melancólico y taciturno, y hasta el gallo dejó de cantar con su acostumbrada entonación. Sin transición, sin preparación de ninguna especie, Florencio pasó de la paz y el silencio, al ruido y agitación de París.

Mr. Durosay lo acogió con benevolencia y aun hasta con ternura. Le hizo recomprar su grosero vestido, sus largos pantalones de lienzo y su sombrero campestre por un traje en armonía con su nueva situación. Le habló ligeramente de sus padres, de quienes había sido amigo; y asístado de la crasa ignorancia que descubría en aquel niño, que á los trece años no sabía unir una sílaba; ni trazar una letra; se apresuró á colocarle en clase de pensionista, en uno de los mejores colegios de la capital. Jamás fué recibido el colegial en casa del abogado. Mme. Durosay, mujer muy joven y lindísima, casi ideal y estremadamente caprichosa, detestaba á los niños, en general, y en particular á Florencio, al cual le había dispensado la peor acogida.

A excepción de algunos paseos muy de tarde en tarde que daba con su protector; Florencio no abandonaba su pensión. Desde el momento en que un libro se colocaba sobre aquel campo por tanto tiempo preparado, echaba raíces en él. Desde el instante en que la instrucción caía sobre aquel terreno cultivado en el reposo y la soledad, aquella se levantaba orgullosa. A los diez y siete años conseguía el premio de honor en filosofía, y los jueces y

profesores que le examinaban, declaraban que jamás habían conocido memoria tan prodigiosa, ni inteligencia tan clara y desarrollada como la del joven Florencio. A los veinte años obtenía el grado de licenciado con una superioridad indisputable, y á los veinticuatro solicitó el de doctor, el cual obtuvo por unanimidad y sin que se hubiese depositado en la urna ni una sola bola negra.

Hacia un año, sobre poco más ó menos, que había empezado la práctica en casa de Mr. Durosay, y su asiduidad y aptitud no se habían desmentido ni un solo instante.

El era el mas hábil de cuantos hacían la práctica, como había sido el mas distinguido de los estudiantes y el mas brillante de los colegiales, lo que no impedía, sin embargo, que fuera de esta ocupación principal, se dedicase á otros estudios que incesantemente añadían útiles y sorprendentes granos científicos, literarios y artísticos á una espiga ya tan rica y variada. No obstante de esto, su espíritu no se había desvirtuado á costa de su corazón. En medio de sus triunfos, pensaba siempre en la quinta y en Teresa Picard, con la cual sostenía una continuada correspondencia.

Por otra parte, apreciando razonablemente el contenido por el continente, y juzgando del mérito intelectual por la estructura del cuerpo y las líneas de su rostro, el exterior del joven abogado respondía fielmente á su valor real. El aroma del licore revelaba fácilmente al contemplar el cristal de la botella.

En un marco de cabellos rubios que despiden dorados reflejos, se representa un óvalo irregular pero expresivo, realzado por unas cejas delgadas y arqueadas, largas pestañas, y adornado por una doble fila de dientes estremadamente blancos, por unos ojos pardos de los que se desprendían penetrantes miradas que encerraban al mismo tiempo la dulzura y la firmeza. Añadid á esto una estatura regular y bien proporcionada; un cuerpo esbelto sin ser muy

delgado, y unos piés y manos aristocráticas, lo tal se reconoce, pero no se puede definir, y después de la resonancia de la lisónomía, en el metal de la voz, y en el modo de andar, cierto aire de franqueza, de dignidad y de apasionado, y reconocéis fácilmente á Florencio.

Los colegios le habían prodigado sus mejores títulos de capacidad; las facultades, sus diplomas mas envidiables. Pero aun quería subir á mayor altura. Quería merecer de la sociedad la ratificación de sus honrosos títulos y la consagración de tan favorables primicias.

### III.

—¡Tan temprano trabajando, Florencio! exclamó el puntual Mr. Durosay, pasando desde su gabinete á la habitación que desde la víspera no había abandonado el joven abogado. Muy bien, muy bien, el trabajo de por la mañana es el mejor. Si todos los abogados inscriptos en el colegio fuesen tan laboriosos como tú, el cometido de juez sería menos fastidioso, y los clientes no saldrían de la audiencia mas asustados que zorras cogidas en el lazo. ¡Pero qué veo! ¡Vive Dios! (este era el único juramento que se permitía, pero lo prodigaba con mucha frecuencia); ¡no te has acostado!

Y Mr. Durosay cogió á guisa de pieza de convicción el candelabro, en el que no quedaba mas que un pequeño cabo de bugía.

—¡Muy mal, muy mal! dijo con un tono de repreñion afectuosa. Estás pálido y tienes los ojos encenizados. Cansarse de esa manera, velar como... un reverbero (y se detuvo para ver el efecto que producía su comparación)! ¡La salud es el primero de todos los bienes; antiguo aforismo, sea! pero no por eso deja de ser cierto; y se hace uno

culpable comprometiéndola aun cuando sea por la cosa mas laudable del universo, y sobre todo, cuando no hay urgencia.

—Yo creo, mi querido jefe, respondió Florencio sonriendo, que si alguno de vuestros compañeros conociese este legado, sería mas indulgente que vos, y me absolvería.

—¡Es decir, señor futuro Mirabeau, que he faltado y que tenéis razón?

—¡Semejante suposición!

—¡Oh! sí, te las arreglas de manera á demostrarme de vez en cuando que marchas menos recto y menos activo que tú. Por otra parte, esto no me parece nada extraordinario. Tú tienes veinticinco años, y yo me halló en los sesenta. Cuando hayan pasado por tus manos tantos papeles como por las mías; cuando hayas oído embrollar y divagar á tanto charlatan como yo he visto, entonces estoy persuadido de que tu diagnóstico quedará completamente dentado. Nada desvirtúa tanto la imaginación como las controversias y complicaciones de un proceso.

—Sin embargo, la experiencia...

—¡La experiencia! interrumpió el abogado, que se debía llevar de su buen humor; no me hables de la experiencia. Es una mala consejera que no da aviso mas que á aquellos que son impotentes para seguirlos! ¡Una coja que llega siempre tarde! Es una lámpara para uso de un ciego, un sable para un manco. Y atendido á que no figura en el número de los muebles é inmuebles; en atención á que no puede legarse ni su propiedad ni el usufructo; que no es trasmisible á ningún heredero varón ó hembra, directa ó indirectamente; que ni aun se la aceptaría bajo beneficio de inventario, resulta, que es la sustitución mas quimérica, la reputación mas frívola, la invención mas absurda que existe desde las islas del Cabo Verde hasta Pondichery.

—No sabía que abrigáseis tal odio contra la experiencia.

—No la niego menos que la aborrezco.



—¡Si la juventud supiese, si la vejez pudiese!

—La vejez no ha podido ni podrá nunca, contestó el abogado; la juventud no ha sabido nunca ni sabrá jamás, de manera que el proverbio corrobora mi negación, ó si quieres mi antipatía.

—¿Y detestais también vuestra profesión?

—Ni la execro, ni la amo. Lo mismo me da esta que cualquiera otra. Todas las profesiones llamadas liberales tienen un punto común de contacto: el lucro. La más digna es la que produce más.

Florencio hizo un gesto de incredulidad.

—Es triste, pero es verdad. Todas son máquinas de acuñar moneda; las que acunaban con más certeza y mayor rapidez son las mejores. Este año ha habido buenas entradas, se ha acuñado mucho, ¡magnífica profesión! que sucede a la inversa; la profesión a que uno se dedica es la peor de todas. Por lo demás, no es decir que sienta ser abogado... ¡Diablos! ¡y cómo sopla el viento!

Mr. Durosay miró hacia el balcón.

—¡Bravo! prosiguió; un cristal roto. Es necesario que todo el mundo viva, hasta los vidrieros. Dudo mucho que atrapen con su punta de diamante, tantas piezas blancas como yo con la punta de mi pluma sobre infinitos pliegos de papel sellado.—Y tú te has estado ahí, al frío, á pique de cojer un catarro ó una pulmonía! ¡Oh! ¡juventud, juventud!

—¿No habeis dicho, mi querido jefe, que la juventud era ignorante? Observó Florencio, que, no queriendo contar el incidente de aquella noche, trataba de conducir á su interlocutor á otro terreno.

—Para castigarte debia volverte á tu casa con la consigna de que te metiesen en la cama. Pero no te enviaré, es preferible que te evite una desobediencia, señor trasnochador.

Después de estas palabras, la boca del abogado se contrajo con una sonrisa imperceptible.

—Ba, ba, bal tú me dejás disparatar á las mil maravillas. Afortunadamente son las menos veces las que me encuentro de buen humor, pues de lo contrario, ¡pobre estudio! Pero hablemos de este protocolo: ¿le has examinado?

—Detalladamente.

—¿Estudiado?

—A fondo.

—¿Y qué piensas de él?

—Pienso que la señora marquesa de Bourcel es una mujer desgraciada.

—Muy desgraciada en efecto, mas desgraciada de lo que tú imaginas.

—¿Cómo?

—Es una historia muy larga.

—Hacedme el obsequio de contármela.

—¿Qué hora es?

Mr. Durosay sacó de su bolsillo un reloj enorme y pesado, y cuya tapa representaba á una pastora con ovejas de oro esmaltadas de diferentes colores. No teniendo allí sus anteojos, le acercó á su oído, y por medio de la repetición, se enteró de la hora.

—¡Las ocho! dijo el abogado como haciendo una objeción.

—¡Contadme esa historia, mi querido jefe! Cuando se trata de un asunto tan grave como un proceso de divorcio, los menores detalles tienen una gran importancia.

—¡Pues sea!

—Os escucho.

El abogado se sentó y empezó:

—Lord Basaukett, un gentleman tan rico como tienen por costumbre serlo en la pérdida Albion, cuando no se mueren de hambre, fué á establecerse á la Martinica. El dinero llama dinero, nos dice un proverbio. Todas las empresas de lord Basaukett prosperaron; todas sus operaciones tenían un feliz resultado. Su cofre era un río caudaloso: el oro abundaba en él, formando miles montones piramidales. Pero,

—pues siempre hay un *pro* en las felicidades humanas—este Creso moderno, este sátrapa comerciante no tenía ningún hijo,

lo cual le atormentaba; pero, por último, tuvo la inefable dicha de ser padre de una niña. Hubiera querido envolverla en telas de riquísimo oro y ponerla mantillas ornadas de rubíes: pero, de todos modos, supongo que le pondrá en la luna.

—Eso se asemeja á un cuento de *Las mil y una noches*, dijo Florencio.

—Una hija más, una esposa de menos. Lady Basaukett fué atacada al noveno día de su parto de una fiebre puerperal, y al 13, la población de la Martinica, silenciosa y triste, pues la difunta era buena y compasiva, asistió á los funerales, verdaderamente dignos de una princesa, de lady Basaukett, desgraciada madre que se regocijaba con la idea de vivir para su hija recién nacida, y que moría antes que ella y por ella.

La pequeña, aunque hija de padres de alguna edad, creció y se desarrolló de un modo maravilloso; y si bien privada de la dirección y solicitud maternal, no obstante, progresó en gracia y gentileza. La sangre criolla corría por sus venas. A los doce años, María era flexible como un junco, ligera como una mariposa, precoz como la flor de almendro. A los catorce, ya la galanteaban con entusiasmo. Todos los indigenas que poseían algunos bienes ó que se creían autorizados bajo cualquier título, revoloteaban alrededor de la joven abeja, poniendo todos los medios y esforzándose por conseguir, al par que la niña, sus inmensas riquezas. Todos se disputaban la vez para hablar á María y á su padre, pero todos obtuvieron un mal éxito.

Entre otras debilidades, el viudo tenía una inclinación marcada por los franceses y los nobles; y tanto se cuidaba del dinero como un *pez de una manzana*; en cambio, se ocupaba mucho de la heráldica. La vista de un blason le entusiasmaba de un modo extraordinario.

Entre el número de los que visitaban la casa, lord Basaukett se fijó en el marqués de Bourcel; era francés y pobre, no poseyendo más recursos ni instrucción que la de ser marqués, lord Basaukett se empezó

á erguir. Preguntó á su hija si le agradaba la figura del marqués, contestándole la niña que Mr. Bourcel le era agradable. En seguida le preguntó si amaba á alguien, á lo que le respondió terminantemente, que no. Por último, le preguntó si quería casarse con el marqués; pero á esta pregunta, que resumía las dos anteriores, dijo que no podía contestar en aquel momento.

Después de una semana de reflexión, respondió que no.

El padre no insistió más, trascurriendo dos meses, durante los cuales, el marqués continuó asediando á la niña, sin duda animado por la buena acogida que siempre le dispensaba lord Basaukett.

Trascurridos estos dos meses, María vió una mañana entrar en su habitación á su padre, el cual la interrogó de nuevo. Á las tres preguntas que le dirigió, contestó, como ya lo había hecho la primera vez, persistiendo en su negativa.

Lord Basaukett no se incomodó por esto, ni manifestó la menor sorpresa. Las visitas del marqués eran cada vez más frecuentes, y sus galanteos más significativos. Dos meses después, lord Basaukett llamó á su hija á su habitación, trabándose entre ambos el siguiente diálogo:

—¿No amas á nadie?

—A nadie.

—El marqués de Bourcel, ¿te parece amable?

—Muy amable.

—¿Te casarás con él?

—No me casaré con él.

—¿Y si yo persistiese?

—Persistiría yo á mi vez.

—¿Y si usase de mi autoridad?

—Yo usaría de mi energía.

—Puedo exigir.

—Y yo resistir.

—¡María!

—¡Milord!

—¿Me quieres?

—Con la mayor ternura.

—Pues cástate con el marqués.

—¡Padre, por Dios!



—Te lo ruego.  
—¡Padre mi!  
—¡Te lo exijo!  
—Obedeceré.

Seis semanas despues, lady María Basaukett se casó con el marqués Ludovico de Bourcel, y la boda fué celebrada con una pompa hasta entonces desconocida en los fastos matrimoniales de la colonia.

El caprichoso empeño del padre quedó satisfecho; su hija fué sacrificada.

¡Sacrificio odioso, sacrificio irreparable! Desde el primer cuarto de la luna de miel, el marqués se entregó á frecuentes excesos de cólera; durante el segundo y el tercero, se embriagó con frecuencia; al cuarto, maltrató á su mujer. Lord Basaukett se atrevió á hacerle algunas reflexiones, pero fueron muy mal recibidas. Empleó la amenaza; su yerno la empleó tambien.

El anciano padre enfermaba, palidecia, adelgazaba, y bien pronto no fué mas que un esqueleto.

Los ingleses son excesivos en todas sus cosas; tanto en acartonarse y momificarse, como en adquirir una respetable circunferencia. Al terminar una comida que la esposa, el marido y el suegro habian tenido juntos, lo que sucedia muy rara vez; comida mas silenciosa que de costumbre, y durante la cual María no habia podido dominarse lo bastante para aparecer tranquila, lord Basaukett se espresó en estos términos:

—¿Sufres, hija mia?

María dirigió, como de oculto, una mirada al marqués, cuyo rostro se habia contraído á las primeras palabras pronunciadas por el inglés.

—Habla, hija mia, no temas nada.

Por toda contestacion, María llevó el pañuelo á sus ojos.

—Marqués, sois un malvado, dijo con frialdad lord Basaukett.

Y sacando una pistola del bolsillo, la disparó contra su yerno.

El tiro salió, y Mr. Bourcel cayó al suelo.

Despues, y antes que María, petrificada por el terror, pudiese volver de su asombro, dijo con la misma sangre fria:

—¡Yo tambien soy un malvado, puesto que he labrado la desgracia de mi hija! Y al decir esto, se disparó otro pistoletazo, levantándose la tapa de los sesos.

Generalmente sucede que se van los buenos y quedan los malos. Lord Basaukett habia emprendido el viaje supremo; el marqués, por el contrario, solo recibió una herida de poca gravedad.

A consecuencia de esta catástrofe, el marqués, libre del único obstáculo que aun le molestaba, y no teniendo ya ningun freno que le contuviese, se entregó á los mayores excesos con un cinismo brutal. Rodeado de algunos emigrados, de intrigantes de todas clases, de aventureros de todas las edades y colores, se sepultó por completo en los mas vergonzosos placeres.

La colonia, en la que reinaban las costumbres mas libres, se indignó y escandalizó, sin embargo, de la conducta del marqués y le exigió que se moderase; entonces fié un buqué, y partió acompañado de su esposa, siempre sumisa é irreprensible, pero abrumada bajo un doble peso; la depravacion de su marido y el suicidio de su padre. El marqués compró un palacio en París, y se instaló en él con un lujo extraordinario. Dicho palacio es el que habita hoy.

Desde su llegada, Mr. de Bourcel ha vuelto á sus innobles proezas; ha bebido, ha jugado, se ha formado un pedestal con todos los vicios, y ha venido á ser el Dios de la orgía. Pero aun se ha atrevido á mas: no contento con tiranizar á su mujer, con maltratarla, ha querido hacerla espectadora de sus orgías; mas aun, ha querido asociarla á ellas.

—¡Infame! murmuró Florencio.

—María empezó por suplicar; despues, herida en su dignidad, habló con entereza; por último, concluyó por sufrir y callar.

comprueba ningun mal tratamiento ante testigo?

—Ninguno.

—Entonces el éxito es muy dudoso.

—¡Cómo! ¡la marquesa perder! ¡Eso seria dudar de la Providencia!

—¿De la Providencia? no lo creas. Cuando mas será dudar de los jueces. Por lo demás, María proyecta otra tentativa cerca de su marido; paso infructuoso, estoy convencido de ello. Despues de haber agotado por entero todas las vias amistosas, es cuando ha recurrido á los medios judiciales. Pero puesto que aun no hay nadie en el estudio, y disponemos de algunos instantes de estar solos, deseo, Florencio, hacerte una pregunta.

—Hacela, mi querido jefe.

—¿Y me contestarás?...

—¡Sin duda! estoy á vuestras órdenes.

—Desde hace algun tiempo, estás preocupado, triste, trabajas mucho, pero suspiras mas.

—Os inquietais, sin motivo.

—¿Tienes alguna cosa que te contrarie?

—No, ciertamente.

—¿Alguna deuda?

—Ni grande ni pequeña.

—¿Te sientes enfermo?

—Me hallo con la mejor salud.

—Entonces, ¿tendrás enfermo el corazón?

Florencio no contestó, pero un ligero rubor coloró su frente.

—No te pregunto nada, Florencio; no quiero saber lo que no se me quiere decir; pero si te llegases á encontrar en alguna situacion difícil, acuérdate de que el mejor amigo que tienes soy yo.

—Sois mi único amigo, dijo el joven oprimiendo con efusion la mano de Mr. Durosay, quien á su vez le dió un abrazo.

—Antes de ser abogado, Florencio, he sido joven, he sido enamorado tanto como el primero, y quizás mas.

Y el anciano dió un prolongado suspiro, que sin duda encerraba un recuer-

Agotadas al cabo sus fuerzas, y no pudiendo resistir á tantas y tan continuadas humillaciones, abrigó el deseo de hacerse olvidar y de olvidarse ella misma; dominada por esta idea, ha suplicado de rodillas ante su esposo que le concediese el favor de confinarse en algun retiro desconocido ó de sepultarse en un convento. Mr. de Bourcel se ha opuesto á todo, por dos razones; la primera, porque lord Basaukett, á pesar de lo prendado que estaba del marqués, y sobre todo del marquesado, habia hecho insertar en el contrato matrimonial diferentes cláusulas, tomando además disposiciones testamentarias, ruinosas para su yerno, en el caso de que este último y su esposa dejaran de vivir bajo el mismo techo.

—Cláusulas en las que ha consentido Mr. de Bourcel, firmándolas, interrumpió Florencio.

—Los malvados tienen tambien sus momentos de vértigo, dijo Mr. Durosay, á manera de paréntesis. Disposiciones, continuo, que la marquesa no puede modificar, por respeto á la memoria de su padre y por fidelidad al juramento que le hizo. La segunda causa es, que Mr. de Bourcel se complace en jugar con su presa, gozándose en tener á su lado un ser desgraciado para entregarse con él á experimentos psicologicos. En una palabra, la marquesa, no sabiendo qué partido adoptar, se ha decidido por último á acudir á los tribunales; quiere pleitear.

—Y ganará, exclamó Florencio.

—Quizás, Florencio, quizás. El marqués es muy sagaz, y no maltrata á su mujer mas que cuando están completamente solos, y no la violenta mas que delante de personas de quienes está seguro que no le denunciarán.

—El cobarde! murmuró el joven.

—Así es, que los asertos de la víctima, á lo menos, así es de temer, no serán apoyados por ningun testigo.

—Cierto.

—En las piezas que has leído, ¿no se

letra y el espíritu, el texto y el pretexto. Cuando la madre del joven abogado se enlazaba con la pasionaria de la desconocida, ¿sus almas no estaban también muy cerca de enlazarse? y sin embargo, Florencio jamás había visto aquella desconocida vecina.

Una vez, al volver precipitadamente a su casa a recoger unos papeles que había dejado olvidados, notó que el balcón vecino estaba entrecabierto, y vio una mano perfectamente formada, delgada y blanquísima como la de una estatua antigua.

Otro día vio un diminuto pie presto a colocarse en el balcón, y que se escondió precipitadamente a su aproximación, sin haber siquiera dejado caer una chinela. Una noche, la vidriera del balcón, se cerró como por magia en el momento en que él se presentaba en la suya, pero había oído el roce de una falda de seda, y percibió que había quedado entre el aroma de las flores, un perfume de una suavidad indefinible, roce y perfume que le habían sumido en el más delicioso éxtasis.

A pesar de algunos informes tomados con precaución, Florencio no sabía nada de positivo sobre su misteriosa vecina. Una punta de pie apenas visto, la estremidad de una mano, un murmullo confuso, un olor delicioso, hé aquí a lo que se reducian todas las noticias después de largo tiempo de vecindad; hé aquí el gran descubrimiento que había podido conseguir una asiduidad y constancia de quince meses. Pero a pesar de lo vago de estos indicios, o quizás a causa de esta misma vaguedad, la imaginación de Florencio había trabajado y formado sus cálculos. Con ayuda de estos síntomas, tan poco seguros, se había creado un ideal tanto más sublime y completo en su conjunto, cuanto que ningún detalle prosaico, ninguna realidad imperfecta venía a quitarle su poesía. Además, una organización tan impresionable como la de Florencio, no necesitaba mucho para inflamarse.

Entonces fué cuando sobrevino el pro-

ceso de separación entre el marqués y la marquesa de Bourcel.

Aquella mujer, tan joven por los años, y sin embargo, tan experimentada por los dolores; aquella María, tan perseguida y tan llena de valor, impresionó al joven; y el profundo estudio del proceso, y las particularidades que le había contado Mr. Durosay, hicieron aun más viva y duradera aquella impresión.

Florencio había encontrado un día a la marquesa en la escalera de la casa de su jefe.

Aun cuando fué un encuentro momentáneo, y un velo negro cubrió el rostro de la joven, lo que Florencio vio, y sobre todo, lo que había adivinado, armonizaba tan perfectamente con su sueño dorado, que no pudo menos de experimentar una turbación inexplicable.

La casualidad daba una rival a la vecina.

Las flores quedaban más que vengadas.

Florencio quiso calmar, sin embargo, sus vacilaciones, y con este objeto recurrió a una especie de homeopatía sentimental. A fin de cicatrizar la herida que María había tan inesperadamente hecho en su corazón, procuró prestar aun más ilusión a la inclinación que sentía hacia su vecina; y, deseoso de curarse de su pasión por la marquesa, pasión aun en el estado de primer grado, pero que estaba en vía de un rápido desarrollo; pasión que, despreciada, le conduciría a la desesperación, y que correspondida, le llevaría infaliblemente a los remordimientos y quizás a una espionaje; resolvió transformarse, hasta el punto que pudiese, en un amor ardiente y apasionado, el afecto platónico que experimentaba por su vecina.

En estas disposiciones se hallaba cuando salió del estudio.

En una de las calles por donde tenía que dirigirse para ir a su casa, había un almacén, en el que se vendían flores y plantas.

Al pasar vio un lindísimo rosal cubier-

to de fragantes rosas, capaces de tentar al aficionado menos entusiasta; verlo, admirarlo, entrar y comprarlo, todo fué obra de un momento.

Al colocar a su nueva pupila entre las demás macetas del balcón, notó que un débil resplandor se proyectaba sobre el de su vecina.

Esta particularidad no podía pasar desapercibida.

Florencio examinó de cerca. Una claridad vacilante filtraba, en efecto, a través de las cortinillas y de los cristales.

Inmediatamente, y como bajo el imperio de una inspiración repentina, el joven abogado cogió su rosal, lo introdujo por entre las barras de hierro que separaban los dos balcones, y dejó la maceta entre los de la desconocida.

Después se retiró sin hacer ruido. El cielo estaba nebuloso y el aire era húmedo; se acostó prometándose olvidar a María, y consagrarse exclusivamente a su vecina que, después de todo, podía igualar a la marquesa en hermosura y distinción, sino en infortunio, y que, por otra parte, tendría quizás sobre Mme. Bourcel la ventaja de la independencia; después se durmió con el profundo sueño de un joven que había treinta y seis horas que no se había echado en la cama.

Cuando Florencio se despertó a la mañana siguiente, ya era bastante tarde; inmediatamente abandonó la cama, se vistió con presteza, corrió a su balcón y levantó la cortinilla.

¡Oh! ¡sorpresa! ¡Oh! ¡dicha!

Inmediato a los cristales se balanceaba deliciosamente un purpúreo clavel, y al considerar su tallo inclinado hacia la vidriera con un movimiento provocativo, bien podía creerse que llamaba a ella impaciente por conocer a su nuevo dueño.

V.

En un suntuoso lecho, al que adornan riquísimas colgaduras y suavísimos encajes, reposa un hombre de una incontrastable belleza.

Una elegante lámpara de alabastro ilumina la estancia con sus lánguidos rayos que se reflejan sobre el dorado de los cuadros y de las molduras del artesonado del techo, así como sobre las barnizadas maderas de los lujosos muebles. Diferentes portiers y dobles cortinajes, preservan del frío y del ruido a el que allí duerme, y el que a pesar de la magnificencia y comodidades que le rodean, está muy lejos de gozar de un sueño tranquilo.

Al ver la contracción de sus cejas, lo agitado de su respiración y el movimiento de sus labios, en los que se pinta una sonrisa de desconfianza, bien puede suponerse que aquel hombre se halla bajo la influencia de un sueño importuno o atormentado por alguna penosa visión. Al cabo de un momento un grito se escapa de su garganta, y su mano crispada se agarra convulsivamente al cordón de una campañilla.

Inmediatamente, un criado vestido de negro se presentó en la puerta, llevando una bandeja de plata, en la que se hallaban colocados varios periódicos y cartas. Después de haber puesto la bandeja sobre un velador, el criado fué separando silenciosamente las cortinas, abrió los balcones y recorrió las persianas, mientras que su amo, sentado sobre la cama, echaba alrededor de la habitación, repentinamente iluminada, miradas, en las que se retrataba el terror.

—¡Cecco! ¡me has despertado!



—Eso será cuenta del alguacil... A otra cosa,

El mayordomo cogió otra carta. Esta, en contraposición con la otra, despedía un delicioso olor á ámbar, siendo de un esquisito papel adornado con una orla, formando una guirnalda de jazmines:

«Soy joven, todos me encuentran espiritual, y los aduladores que me rodean añaden que soy bonita. Si el señor marqués quiere juzgar de la sinceridad de estas palabras, puede ir pasado mañana á Bellavista, en donde se pasará á las dos de la tarde, sola y en carretela, descubierta,

Sofía.»

—¿Y la letra?

—Es desconocida, señor marqués.

—Esa carta está escrita en un estilo mestizo, mitad de señora y mitad de griseta.

—Alguna plebeya que se habrá enriquecido, señor marqués.

—Quizás tengas razón.

—Alguna de esas mujeres á quienes devora la ambición, y que aspira á los favores del señor marqués.

—Bien, iremos pasado mañana, si hace buen tiempo, y no tengo alguna otra cosa que me ocupe. Continúa.

El mayordomo abrió una tercera carta:

«He comprado hace unos quince meses, en el valle de Oisé, una quinta, en la que me fastidió. El domingo nos servirá Vefour en ella un almuerzo-comida. Nos reuniremos veinte. Espero que no nos faltareis, pues ya sabéis que sin vos no hay fiesta completa.

»Después de beber, pasearemos y jugaremos un rato. Cuento con vuestra aprobación y con vuestra presencia.

»Todo vuestro,

RAIMUNDO DE GATTINET.

»P. D. Saldremos todos juntos de mi casa á las nueve de la mañana.»

—Raimundo ha adulterado su nombre,

poniéndole un *de*, y se va á volver loco pensando en sus haciendas, pero nunca será mas que un advenedizo.

—Hace lo que puede, señor marqués.

—Sin duda, pero es menester concederle también buenas intenciones.

—Pero ya sabéis, señor marqués, que la mona aunque se vista de seda...

—Su origen es bastante turbio... Su padre se pasaba los días manejando la vara de medir, y él mismo...

—Sí, pero ahora es un gran señor, señor marqués.

—Raimundo no soltará nunca el pelo de la dehesa.

—Y el señor marqués, ¿irá á la cita?

—Iré.

—¡Oh! el señor marqués se sacrifica por sus amigos.

—No me gusta humillar á nadie. ¿Hay algo más?

—Quedan dos cartas.

—Pues despachemos.

—¡Oh! ¡oh! ¡qué sellos! ¡armas de duquesa!

—La firma, Cecco, la firma.

—Duquesa Berta de Sornétan.

—¡Ah! ¡al fin acude!... Lee pronto.

«He luchado, he resistido, pero me confieso vencida. Hijos, familia, deberes, todos los lazos que hasta aquí habían constituido mi tranquilidad y mi alegría, los rompo por vos, Ludovico. Es un delirio, un vértigo. Tendré valor para sobrellevar mi vergüenza con tal de ser libre. ¡Huyamos! huyamos juntos, Ludovico; vayámonos lejos, muy lejos de París. Corramos á España, á Italia, á las Indias, no me importa dónde! con tal de vivir cerca de vos, para vos y por vos. Señalad día y hora.

»¡Estoy dispuesta!

—¿Nos la llevamos, señor marqués?

—Son tan cortos los días, Cecco!

—Y las noches demasiado frías.

—Además, es mal tiempo este para viajar. Veamos la última carta.

El mayordomo frunció el entrecejo.

—Vamos.

—Es que...

—Es que... ¡qué!

—Esta epístola no será muy del gusto del señor marqués, y además es tan larga...

—Adelante, apuraré el cáliz hasta la hez.

—Puesto que el señor marqués lo exige...

Después de haber leído varias veces, el mayordomo dió lectura á la carta:

«Señor marqués:

»No temas de mi parte ninguna reprimación, ningún reproche. Nuestra posición es demasiado enojosa para que trate de agravarla con quejas, que por lo menos serían superfluas. Cuando el mal existe y es profundo, lo mas acertado es no quejarse de él, se debe obrar; esto no es injuriar al pasado, es sacar de él el mejor partido posible. En vano he buscado un término á nuestra situación, que se empeora de día en día; he recurrido á la paciencia; á la ternura; la he buscado en el olvido, en el perdón; he procurado hallarle con mi firmeza, y en mi dignidad, pero todo ha sido inútil. El favor de no participar de vuestra existencia, de la que no podría ser testigo sin enrojecerme, el no verme mezclada en placeres que no podría conocer sin oprobio, la gracia de vivir sola, de retirarme á algun asilo ignorado, la he solicitado muchas veces de vos, señor marqués; todo ha sido también en vano. Un medio quedaba para vencer vuestra resistencia; el de abandonar esos bienes, esa fortuna formada por lord Basarkett, destruir los actos preparados por su previsión, sustituyendo á ellos donaciones y una renuncia absoluta en vuestro favor de todo lo que poseo.

»¡Ay! este medio es el único que me está prohibido emplear. Yo, que siempre he obedecido á mi padre en su vida, ¿puedo desobedecerle después de muerto? Porque él no exista, ¿puedo infringir su expresa voluntad, yo que he llevado mi sumisión hasta ahogar mis presentimientos,

hasta dominar mis repugnancias, yo, que le he amado hasta el punto de casarme con vos?

»La expresión es dura, señor marqués, pero aun lo es menos que la desgracia que me la inspira.

»No pudiendo, pues, obtener nada de vuestra justicia, no pudiendo conseguir nada de vuestra generosidad, siéndome imposible desconocer los deseos de mi padre, y deshacer lo que él ha hecho, persuadida de la razón de mi causa, estoy resuelta, irrevocablemente resuelta á dirigirme á los tribunales: ellos me administrarán justicia, así lo espero. Será un proceso; un escándalo. ¡Odiosa necesidad! Lo sé, lo siento tanto como vos, mas que vos, señor marqués; pero no es sobre mí sobre quien recaerá la responsabilidad. Todo cuanto me ha sido posible hacer sin ultrajar la memoria de mi padre, os lo he ofrecido. Habeis reusado; esa negativa equivale á la guerra; la acepto, pues, para mí, señor marqués, todo es preferible á lo que está pasando, ¡lo ois bien! las piezas están en poder de mi abogado. Si en el término de veinticuatro horas no he recibido contestación, á los tribunales corresponderá cumplir con su deber.

»Ruego á Dios, señor marqués, que nos libre á ambos de esta humillación.

MARIA BASARKETT.»

—La señora marquesa es bastante orgullosa.

—La señora marquesa es bastante loca.

—Si no se tratase mas que de separarse... señor marqués, quizás...

—¿Y el mundo, Cecco?

—El señor marqués queda resguardado con su reputación.

—No, el mundo me acusaría.

—¡No creo que el mundo sea tan injusto.

—Ese proceso no tendrá lugar.

—Sin embargo, la carta de la señora marquesa está bien terminante.

—Yo lo impediré.

—El señor marqués, ¿escribirá á la señora marquesa?

—¡Escribir! los tontos son los únicos que escriben.

—Entonces, el señor marqués irá á verla?

—Tampoco.

—¿El señor marqués me enviará á mí para negociar?

—Ni escribiré á la marquesa, ni la hablaré, ni te enviaré á tí cerca de ella en calidad de ministro plenipotenciario.

—¿Entonces el proceso seguirá su curso?

—El proceso no se formará.

—Perdóneme el señor marqués, pero no entiendo...

—La marquesa no me informa de qué ha entregado las piezas á un abogado?

—Es cierto.

—Pues yo veré á ese abogado, Cecco.

—Confieso que no soy más que un aprendiz al lado del señor marqués.

—La conciencia de un abogado, Cecco, debe ser muy fácil de vencer.

—¿Y si el abogado de la señora marquesa fuese probo?

—Ya hallaría yo un medio de ganarle.

—El señor marqués no tiene tiempo que perder.

—Tú me dirás el nombre y el domicilio del abogado de la marquesa.

—Esta tarde lo sabré, señor marqués.

—Tomarás noticia de su edad, de su carácter y de sus costumbres.

—Esos son datos elementales, señor marqués.

—Y sobre todo, entérate de sus debilidades.

—Sí, esos son los puntos vulnerables; descuidada, no olvidaré nada.

—No dejes de informarte de su fortuna y de la importancia de su clientela.

—Entendido.

—Que averigües si es casado ó soltero, cuáles son sus inclinaciones, sus gustos y deseos.

—El señor marqués puede descuidar en mí.

—En tí deposito toda mi confianza, Cecco.

Mr. Bourcel se puso á fumar en una magnífica pipa oriental que el criado le pasó delante.

—Ahora, manos á la obra; no tienes un instante que perder.

—Para esta tarde habré reconocido la plaza.

—¡Vé pronto!

—El señor marqués será servido como merece.

El mayordomo hizo una inclinación de cabeza, y salió.

## VI.

Ya hacia más de una hora que los compañeros del joven abogado habían llegado al estudio, cuando la silla de este continuaba aún desocupada.

Admirados de llegar al trabajo antes que su camarada, los amigos de Florencio se deshacían en suposiciones sobre la ausencia de aquel á quien apellidaban Caton, á causa de su exactitud. Sorprendido igualmente de la ausencia de su protegido, Mr. Durosay había entrado ya dos veces en el estudio. No viendo en el pequeño gabinete que ocupaba Florencio, mas que á un vidriero ocupado en reparar el daño causado por Mr. de Bourcel, y de cuyo suceso ignoraba la causa y el autor, el abogado, visiblemente afectado, cerró bruscamente la puerta.

—¡Diablos! ¿esto es muy sorprendente! aquí debe ocurrir algo de extraordinario! dijo en un tono que dejaba conocer su secreta inquietud.

Se formaban mil conjeturas.

—Caton se echa á perder, decía uno de sus abogados.

—Al contrario, señores, contestaba otro

con una entonación doctoral; puesto que viene tarde al estudio, puesto que renuncia á su culpable exactitud, y puesto que vuelve á la observancia de la costumbre tradicional de llegar siempre tarde á la oficina, costumbre que nunca debió olvidarse, es señal infalible de que Caton vuelve al buen camino.

—Amigos míos, las observaciones que acabamos de oír tienen una fuerza de sesenta caballos, replicó un tercero.

—¡Bah! yo creo que tal vez habrá tenido algún encuentro...

—¡Silencio! dijeron todos en coro.

—Quizás esté malo.

—Tal vez haya pasado mala noche y...

Los comentaristas se multiplicaban.

Florencio no había encontrado en su camino mas que un rosak. Florencio no tenía, mas enfermedad, que la de un día vel, ante la cual había permanecido estasiado una parte de la mañana, habiéndole hecho olvidar la hora, el estudio, á Mr. Durosay, todo, excepto la marquesa, en la que no dejaba de pensar.

El joven abogado se presentó al fin casi al mismo tiempo que el vidriero, el que, con pretexto de que el cristal era pequeño ó mas ó menos claro, se entregaba desde hacia mas de tres cuartos de hora á continuas idas y venidas. Teniendo ya, al parecer, completo todo el material necesario, colocó el cristal sobre la vidriera, tomó la regla con una mano, el diamante con la otra, midió por diferentes veces, y por último, se decidió á cortar después de tomar toda clase de precauciones.

Tal lentitud hubiera podido parecer calculada á cualquier otro que á Florencio, embobado en la contemplación de un capullo á medio abrir, que se había desprendido de la misteriosa planta del clavel, y que había colocado en el ojal de su levita.

Aunque ocupado en su trabajo, el obrero no dejaba de contemplar al joven, como si quisiera grabar en su memoria cada una de sus facciones, fijándose en todos sus movimientos, sucediendo que, fuese inten-

cionalmente ó por torpeza, el cristal se quebró. Entonces empezó una nueva serie de preparativos. El ruido producido por los pedazos de cristal al caer, hizo que se abriese de nuevo la puerta del gabinete de Mr. Durosay.

Decididamente es preferible ser abogado á ser vidriero, dijo; el papel sellado es menos frágil.

Al ver á Florencio, su rostro se animó.

—¡Vive Dios! ¿habéis llegado ya?

—¡Me habéis quizá esperado, mi querido jefe!

—Te esperaba con la mayor impaciencia.

—¿Me necesitáis?

—¡Y tanto!

—¿De qué se trata?

—De una proposición que tengo que hacerte. Sí, de una proposición muy importante.

—¿A mí?

—A tí.

—¿Y de parte de quién?

—De parte de alguno... de una persona... Tenemos que hablar, vente conmigo.

—Como gustéis.

Florencio y Mr. Durosay entraron en el gabinete de este último.

Con un gesto estremadamente dramático, el abogado indicó una silla á Florencio, y se instaló en su poltrona, á guisa de un narrador que cuenta ya con el efecto que ha de producir su relato.

—Has de saber, amigo mío, que antes de obrar judicialmente, la marquesa ha ensayado una última tentativa cerca de su marido.

—Ya me habíais anunciado que esa era su intención.

—Esta tentativa ha sido infructuosa.

—También lo habíais previsto.

—El marqués se ha negado á todo arreglo, y madame de Bourcel me ha escrito ayer noche invitándome á entablar la demanda de divorcio.

—¡Ojalá lo consiga! interrumpió Florencio.

—La marquesa me concede plenos poderes y aprueba de antemano cuanto haga.

—¿Y qué, mi querido jefe?...

—Déjame hablar, y no me interrumpas. La carta de madame de Bourcel contiene una postdata que te concierne.

—¿Hablais formalmente?

—Que te concierne de un modo muy directo.

—¿Os burlais de mí?

—¡Vive Dios! la cosa es bastante clara, y creo que me explico. Una postdata, en la que figuras nominalmente.

—Explicáos.

—En otros términos, la marquesa desea que tú seas su abogado.

El estampido de un cañonazo no hubiera causado una emoción más viva en el joven Florencio, que la que produjeron estas palabras. En cuanto al abogado, se arrellanó en un sillón con una satisfacción visible.

—¿Y cómo es, observó Florencio, que la señora marquesa de Bourcel se ha dignado pensar en una persona tan humilde, cuando hay tantos abogados que honran e ilustran el foro de París?

—Eso es cuenta de ella.

—¿Y cómo ha sabido mi nombre?

—¡Vive Dios! ó se quiere á una persona ó no se la quiere. Cuando se la quiere, se habla de ella, y queriéndola, claro está que cuando se habla no es para echarla por tierra.

—¿Pero me habreis presentado á ella como una capacidad?

—¿Hubieras preferido que hubiese dicho que eras un ignorante?

—Pero podriais...

—¡Eh! podriais, podriais... ¡qué sabes tú lo que dices! Te afirmo que mi cliente te ha designado ella misma, sin que yo haya pensado siquiera en tu elección. Lo que le he referido de tí y de tu infancia, sin duda habrá influido algo en su deter-

minación... Pero, después de todo, ¿qué mal hay en esto?

—Pero...

—¡Vive Dios! ¡no hay pero que valga! Creo que la proposición de la marquesa está concebida en tales términos que, según mi opinión, que es la buena, no puedes negarte á ella bajo ningún concepto.

—Y sin embargo, rehusaré, exclamó Florencio, el que se levantó y empezó á pasear á lo largo del gabinete.

—Tú aceptarás.

—Rehusaré; la delicadeza me obliga á ello.

—Y yo te digo que aceptarás; la razón constituye un derecho.

Mr. Durosay abandonó su sillón, y se puso también á pasear con alguna precipitación.

—Reflexiona, pues, cabeza dura, replicó con animación. Rehusando corres el riesgo de ofender á la marquesa y desanimarla, pues con razón pensará que dudas, no de tí, sino de su causa. Reflexiona con detenimiento, considera que te se presenta la más soberbia ocasión de colocarte á cierta altura. Este proceso tendrá un gran eco, este proceso puede, por sí solo, crear tu reputación. ¡Cuántas celebridades envidiarían semejante fortuna!

Entrar de esta manera en el ejercicio de las funciones de su carrera, es un honor que no se alcanza todos los días, es tener más suerte que acertar los cinco números de la lotería. ¿Y qué? cuando se presenta una ocasión tan favorable, cuando se te ofrece el medio más digno de hacer tu *debut*, te atreverías á contestar: Perdonad, señora, no me considero con fuerzas suficientes... no me atrevo... podeis llamar á otra puerta. Si fueses capaz de semejante conducta, de tal abandono, me recerías ir á esconder tu vergüenza á un país desconocido, romper tus libros y legar tus estudios al olvido. Si, Florencio, eso revelaría la pequeñez del espíritu, sería la negación de sentimientos nobles; cuanto mayores son las dificultades, cuan-

to más grandes los obstáculos que hay que vencer, cuanto mayor la desgracia, en cuyo favor se va á acudir, las lágrimas que se van á enjugar, tanto mayor debe ser el desprendimiento, la abnegación, la firmeza, la convicción de salir triunfante de una empresa en que la razón y la justicia están de nuestra parte. Negar nuestro auxilio en estos momentos de prueba, equivale á erigir al egoísmo por norma de nuestras acciones, es desconocer la verdadera y santa misión de nuestro ministerio; y no creo, que con semejante proceder, vayas á sentar un precedente nada satisfactorio al principio de tu vida pública.

—Comprendo mi interés, mi querido jefe; pero el interés de la marquesa domina el mío. Para mí solo se juega un poco de fama más ó menos, pero, á ella, ¡oh! para ella, se juega quizás el reposo de toda su vida.

—Estoy persuadido de que vencerás.

—¿Y si perdieses?...

—¿Y qué? te figuras que los más diestros jugadores no han sufrido algunas veces un jaquemate?

—Pero á lo menos tienen la autoridad del nombre y del talento.

—¡La autoridad del nombre! ¡la autoridad del talento! repitió Mr. Durosay encogiendo de hombros.

La puerta del gabinete que comunicaba con el departamento del abogado se entreabrió, y una mujer se detuvo al dintel. Era la marquesa.

Florencio, más bien que reconocerla, puede decirse que adivinó que era ella.

Mr. Durosay acudió á su encuentro.

—¡Sed muy bien venida, señora marquesa, la dijo, no podiais llegar á mejor hora.

Mme. de Bourcel se levantó el velo y se sentó en una butaca que el abogado se había apresurado á ofrecerla.

Florencio permaneció inmóvil. Una densa nube veló sus ojos, tuvo que apoyarse en la mesa para no caer, y mil ideas, agolpándose á su cerebro, refluían des-

pues á su corazón; se hallaba delante de su bello ideal.

Hizo cuantos esfuerzos pudo para recuperar su sangre fría y su firmeza, y después de un ligerísimo saludo, se dirigió hácia la puerta.

—¿Huís de mí, caballero?

Y Mme. Bourcel dirigió una penetrante mirada á Florencio.

El joven se quedó confuso.

—¡Debes quedarte! exclamó el abogado.

—Creía que tendríais que hablar con la señora marquesa.

—Señora, ayúdame á disipar sus escrúpulos. Os suplico que me apoyeis. Hace un cuarto de hora que me estoy cansando en valdó.

—Todo lo comprendo, Mr. Durosay, ya lo estáis viendo; por dónde quiera que voy me persigue la desgracia y se me abandona.

—¡Ah! señora marquesa, exclamó Florencio, ¡no lo creais así!

—La verdad es, que en vano he tratado de convencerte, y que me he cansado inútilmente de hablar.

—¿Os negaríais á tenderme una mano benéfica?

Y la marquesa dirigió al joven una mirada suplicante llena de tan sublime expresión, que Florencio creyó no poder resistir los fuertes latidos de su corazón.

—¡Eso sería una barbarie! dijo monsieur Durosay.

—Decid más bien, mi querido jefe, respondió Florencio que empezaba á recuperar alguna seguridad, que eso sería sabiduría.

—Compañera generalmente del egoísmo ó de la indiferencia, murmuró madame de Bourcel con cierta expresión de abatimiento.

Florencio se sintió herido de una violenta conmoción.

Pasó la mano por su frente como si quisiera quitar algún peso de ella; y sus pupilas se animaron.

—Indiferencia, señora marquesa, egoísmo habeis dicho. ¡Ah! permitidme pro-



testar contra palabras tan crueles. No, no merezco semejante acusacion. Nunca como en este momento he sentido mas mi oscuridad; jamás he ambicionado como hoy, la fama y un nombre acreditado. Sí, en vez de ser un desconocido, un aprendiz del oficio en toda la acepcion de la palabra, poseyese la repulacion y el talento de que carezco, yo mismo hubiera acudido á implorar como un favor, como la mayor honra, la defensa de vuestros intereses y de vuestros innegables derechos; hubiera buscado con insistencia esa difícil y gloriosa mision que quereis ofrecerme, y que yo no puedo ni debo aceptar. Yo hubiera hecho que los jueces comprendiesen vuestra desgracia y vuestros sinsabores siempre renacientes; les hubiera probado la estension é inutilidad de vuestros sacrificios; los hubiera convencido de la imposibilidad en que os hallais de continuar con la vida que llevais; les hubiera demostrado la dignidad de la mujer, la mision de la esposa y la santidad del matrimonio, desconocidas, ultrajadas, envilecidas por el mismo que debia respetarlas y hacerlas respetar á todos; por el que ante Dios y ante los hombres habia jurado honrarlos y protegerlos; hubiera levantado mi voz en nombre de los principios mas sagrados, en nombre de todo lo que se ama, de todo lo que se admira, de todo lo que se venera.

—Amigo mio, si hablases por espacio de dos horas con esa elocuencia, desde luego me atreveria á responder del buen éxito de tu proceso.

A pesar de sus esfuerzos pasa dominar su emocion, madame de Bourcel no consiguió disimularla por completo. El abogado se apercibió de ello; pero, como hombre positivista, la atribuyó á la situacion excepcional de su cliente, que, además, por su cualidad de criolla, debia ser estremadamente impresionable.

—Es cierto, caballero, dijo María conmovida, que si habláseis con tanto calor en mi defensa como lo haceis para negarme vuestros servicios, habria grandes probabilidades de ganar mi causa. Vuestra

elocuencia es argumento contra vos mismo.

—Señora...

—¿Por qué vacilais vos, puesto que yo no vacilo?

—Pero, señora, ¿cómo no he de desconfiar de mis fuerzas en presencia de una mision tan grave?

—Tu modestia se asemeja mucho á la cobardia, dijo el abogado... estás desairando á la señora marquesa.

—¡Oh! me es muy sensible contrariaros, caballero, y sin embargo, insisto, dijo madame de Bourcel á Florencio.

—¿Lo oyes? la señora marquesa insiste.

—Lo que Mr. Durosay me ha contado de vos, caballero...

—Mr. Durosay debe haber exagerado las cosas, señora.

—¡Exagerado! Eso es capaz de hacer hablar á un mudo, respondió el abogado. Al decir á mi cliente, que vino á consultarme, que tú eras probo, desinteresado, leal é instruido, ¿no me he atenido estrictamente á la verdad?

—¡Por favor, mi querido jefe!

—Al añadir que tú te habias formado un vivo interés en este proceso, que habias examinado con el mayor detenimiento sus papeles, ¿he mentado?

—¡Por compasion!...

—Este es vuestro castigo, caballero, dijo la marquesa.

—Sin contar, prosiguió Mr. Durosay, con que hoy tú posees este negocio tan bien como yo, y aun mejor que yo; de todos los abogados que conozco, sostengo que, para semejante causa, tú eres el mas digno, porque eres el de mas conciencia. Tú evitarás el escándalo, en vez de buscarlo.

—Caballero Florencio, ¿deseais tener un título á mi aprecio?

—¿Podeis dudar, señora?

—Pues bien, abogad por mí, y suceda lo que suceda, mi gratitud la teneis de antemano.

Florencio se quedó pensativo.

—¿Creeis en mi causa ó no? replicó María.

—Como en vos misma, señora.

—Eso me basta, caballero. ¿Puedo contar con vos?

—¡En cuerpo y alma! exclamó el joven en el colmo de la agitacion.

—Y lengua, añadió el abogado, encantado de ver que la negociacion terminaba conforme á su deseo.

—Nos volveremos á ver, dijo María levantándose y tendiendo la mano á Florencio.

El joven estuvo á punto de caer de rodillas. Sin embargo, se contuvo, y alargó el brazo tímidamente; sus dedos apenas tocaron el guante de la marquesa.

Mme. de Bourcel se dirigió al gabinete del abogado, entrando Mr. Durosay detrás de ella.

En cuanto á Florencio, se halló solo, se dejó caer en su sillón, como abrumado ya bajo el peso de la responsabilidad que habia tomado sobre sí.

Un primer proceso, la aparicion de la marquesa y el clavel de la desconocida, eran ciertamente acontecimientos muy á propósito para excitar una imaginacion ardiente, conmovier á un alma á su novicia y cautivar profundamente á un joven, cuya infancia habia trascurrido á lo largo de los floridos arroyos, perfumada bajo los tilos y madresevas, y poetizada en la contemplacion de Dios y de la naturaleza. Mil fantásticas quimeras se aglomeraban en el cerebro de Florencio. Habia momentos en que creia que soñaba, y aquel sueño le aterrorizaba. Inclino la cabeza sobre sus manos y se perdió en el laberinto de sus ideas.

Con el oido aplicado á la cerradura, el vidriero no habia perdido ni una sola palabra de la conversacion.

## VII.

Dos hombres parados en la calle, y no lejos del balcon del joven abogado, hablaban en voz baja.

—¡Cuánto tarda! dijo uno de ellos.

El otro miró su reloj á la luz de un reverbero.

—Cerca de las nueve, dijo. Dentro de algunos instantes le veremos aparecer.

—¿Estás seguro de que vive aquí?

—No tengo duda alguna.

—¿Y se recoge todos los dias á esta hora?

—Conozco perfectamente sus hábitos.

—¿Y si no consintiese?

—Mucho lo temo.

—Su jefe, ¿es hombre de probidad?

—Incorruptible.

—Pero, ¿tú estás cierto de que se encargará del proceso?

—Lo afirmo.

—Eso es ya de un mal augurio.

—Tanto han insistido, que al fin ha concluido por rendirse.

—No deja de ser singular esa eleccion.

—Caprichos de mujer. La discusion fué bastante larga y acalorada.

—¿Sabes algo de ella?

—Como que tuve el gusto de oirlo todo; por supuesto de incógnito.

—No te ha faltado atrevimiento.

—Y el qué no haria yo por...

—¡Silencio! no cómetas una imprudencia.

—Estad tranquilo.

—¡Vive Dios que ese cristal me cuesta bien caro!

—Pero tambien puede reportaros mucho beneficio.

—¿Qué hora es? preguntó uno de ellos.

Antes de que su interlocutor hubiese contestado, se oyó á lo lejos un reloj que dió distintamente las nueve.

Un jóven volvi6 la esquina de la calle y pasó junto á los dos desconocidos, sin fijar en ellos la atencion.

—El és, murmuró el mas bajo.

—¡Ya era hora! respondió el de mayor estatura, dentro de algunos minutos subiré, y mientras tanto, tú te quedarás por aquí rondando hasta mi vuelta.

Los dos interlocutores se separaron.

Al llegar á su casa, Florencio abrió la vidriera de su balcon, encendió su quinqué, cogió un libro y se sentó. Bien pronto sus ideas le absorvieron por completo, y hasta se olvidó de regar su planta favorita.

Le habian informado de que su vecina era una anciana ama de llaves, que vivia con sus ahorros.

Le habian dicho, además, que aquella mujer tenia una sobrina jóven, que esta sobrina estaba en un colegio, pasaba por bonita, y que consagraba sus ratos de ocio á su aaciana parienta y á su jardin aéreo.

Por lo tanto, ¿qué le importaba ya su vecina?

¿Las circunstancias no habian hecho variar los planes de Florencio? La casualidad, ¿no habia desbaratado todos sus proyectos? ¿no le colocaba en frente de la marquesa, cuando se esforzaba en huir de ella? ¿Qué le importaba ya la sobrina su falta ni las flores, ni el balcon, ni los claveles? ¿No pertenecía á Mme. Bourcelau en cuerpo y alma, cómo se habia atrevido á confesárselo á ella misma? ¿Podia ocuparse de otra cosa que no fuese aquel proceso? ¿Podia interesarse por lo que, en mayor ó menor escala, no interesase á la seductora criolla? ¿No habia hasta casi olvidado á su querida nodriza Teresa Picard? María estaba fija en lo íntimo de su corazon, en sus lábios, en todos los puntos adonde dirigia la vista; por donde quiera que iba le acompañaba María; no veia mas que á María, y María

ocupaba á todas horas su imaginacion.

—Que se cumpla mi destino, decia. Está escrito que habia de amar á esa mujer, que llegaria á ser su esclavo, que iria pisando sobre sus huellas. Si no consigo que triunfe su justa causa, no me quedará mas recurso que morir. Pero ¿cuán grande no seria mi dicha si lograrse devolverle su libertad! Me ha prometido su agradecimiento, su amistad, su amor quizás... ¡Ah! me vuelvo loco! ¿Y he estado tan ciego que haya llegado á creer que esa desconocida igualaria á la marquesa? ¡No hay mujer que pueda compararse con ella! ¡Es el mas bello ideal de la creacion! ¡No, no es posible que haya otra María en el mundo!

Entregado por completo al delirio de su pasion, Florencio se entregaba sin reserva á aquella invencible atraccion, contra la que inútilmente habia luchado en un principio.

Dotado de criterio, ni aun siquiera trataba de engañarse á sí mismo; estaba persuadido de que la impresion que le habia causado la marquesa, y la pasion que sentia hacia ella no seria ni incompleta ni pasajera.

Esta pasion, por el contrario, era decisiva é irrevocable; se habia apoderado de todo su ser material y espiritual. Resuelto á ocultar en lo mas profundo de su corazon un amor que jamás creia poder declarar, y que estaba muy lejos de creer que pudiese ser correspondido, Florencio se resignaba solamente á merecer el aprecio y confianza que María le habia prometido en cambio de sus servicios, y se consideraba feliz solo á la idea de no serla indiferente. Decidido á tomar su defensa abogando con energía en favor de su causa, dispuesto á luchar con la mayor perseverancia hasta obtener el resultado apetecido y resuelto á no arredrarse ante ningun obstáculo, Florencio se sentia orgulloso al pensar que se iba á consagrar por completo en obsequio del ídolo á quien rendia el mas respetuoso culto.

El sonido de la campanilla de la puerta le arrancó á su meditacion.

A la vista del que le visitaba, al que no habia visto mas que una sola vez, pero á quien reconoció inmediatamente, Florencio esperimó un sacudimiento análogo al que produce la aproximacion de un reptil venenoso.

El jóven abogado y el marqués Ludovico de Bourcel se hallaban en presencia el uno del otro.

—Caballero, empezó el marqués con una política y amabilidad estudiadas; habiendo sabido que Mme. de Bourcel, mi esposa, os ha confiado el cuidado de su defensa, he deseado tener con vos una entrevista con la que, si tuviese la dicha de convenceros, se evitarian enojosos debates.

Florencio escuchaba al marqués con la mayor atencion, procurando separar de lo escogido de las frases el fondo de la intencion que se le presentaba muy nebuloso.

—Sin mas preliminares, voy derecho á la cuestion, caballero, continuó Mr. de Bourcel. En vuestra defensa, sin duda me ratareis con severidad. No contento con referir mis calaveradas presentes, las que ha exagerado singularmente la maledicencia, trazareis un cuadro conmovedor, no lo dudo, de mis prodigalidades y desórdenes pasados; me representareis como un jugador desenfrenado, como un hombre sensual; hareis resaltar los sufrimientos de Mme. de Bourcel; analizareis cada una de sus lágrimas; hareis comparaciones entre su dulzura y mis arrebatos, entre sus virtudes y sus vicios; á ella la colocareis como víctima, y á mí me presentareis como un verdugo. Sed franco, caballero, ¿no es ese el plan que os proponeis seguir?

Florencio se inclinó en señal de asentimiento.

—Pero quizás no habeis reflexionado, caballero, que de la misma manera que vos obrareis con respecto á mí, mi abogado obrará con respecto á vuestra cliente. Segun vos os conduzcais conmigo, así él

se conducirá con ella; si vos me tratais sin indulgencia, él la tratará sin compasion. Y calculando un poco (esto debeis, saberlo, caballero, aun cuando os halleis al principio de la carrera), es muy fácil hallar materia para vituperar la conducta de una mujer bonita, por irreprochable y virtuosa que haya sido. Dando tal ó cual colorido á la verdad, aumentando un poco de un lado, disminuyendo otro poco del otro, y ayudando la malicia humana se consigue, sin gran trabajo, acriminar las acciones aun mas inocentes de una mujer, hacerla sospechosa y envilecerla, ó á lo menos comprometerla á los ojos de la sociedad, siempre dispuesta á la crítica y mordacidad. Un abogado, caballero, excelente é irresistible en ese género de elocuencia, es el que tengo elegido.

—Vuestro abogado no conseguirá su objeto, caballero.

—Quizás, pero dará fuertísimos ataques, y algunos de ellos muy bruscos, lo cual, para que produzca aun mayor efecto, lo hará con una indiferencia aparente. Así, pues, si me arrastrais por el lodo, como se dice vulgarmente, vuestra cliente recibirá terribles golpes, y no ignorais, caballero, que una reputacion femenina difícilmente se purifica, una vez mancillada. Un medio se presenta para obviar todos estos inconvenientes, y vengo para indicároslo.

—¿Y qué medio es ese? preguntó Florencio.

—El de callaros, dijo tranquilamente Mr. de Bourcel.

—No os comprendo, observó el abogado, de quien empezaba á apoderarse la indignacion.

—El día de la audiencia, fingid que os hallais enfermo, no para pedir un aplazamiento, sino para limitaros á algunas generalidades insignificantes. Mi abogado imitará vuestra reserva, y los jueces pronunciarán, en vista de las declaraciones de los testigos y de las conclusiones del ministerio público. Me parece que esto es bien sencillo; ¿qué decis?



—Digo que vuestra proposición es una injuria que me haceis, respondió Florencio algo exaltado.

—Calladme muy mal mis intenciones... esto es franquicarme con vos, y nada más.

—Lo que me ofrecéis, caballero, es el deshonor.

Y Florencio se levantó.

—Es vuestra fortuna lo que os ofrezco, replicó el marqués sin abandonar su asiento.

—¿Y habéis supuesto que yo pudiese suscribir á semejante venta?... Habéis equivocado el camino, caballero; aquí no hay ninguna conciencia que vender.

—¿Luego rehusais? replicó sin moverse Mr. de Bourcel.

—Dudar de ello sería un insulto que no toleraría.

Florencio estaba estupefacto al ver el descaro y sangre fría del marqués.

Mr. de Bourcel guardó silencio por un momento y parecía consultar consigo mismo; su frente, fruncida durante algunos segundos, se presentó de nuevo tranquila, y su vista se animó visiblemente.

—Dispensadme, caballero, dijo á Florencio con gravedad, os había juzgado mal asimilándoos á tal ó cual de vuestros colegas. Es un error que me apresuro á rectificar. Hubiera debido tener presente, en efecto, que vuestra infancia había transcurrido lejos de la corrupción de las grandes ciudades, y que, por otra parte, érais el discípulo del hombre más digno y venerado. Mr. Durosay es el abogado de mi parte contraria, lo que no impide que le profese la más inalterable estimación. Y vos sin duda, caballero, debéis tener hacia vuestro protector la mayor adhesión y cariño.

Florencio no sabía qué pensar de un cambio tan repentino. Sin embargo, no se olvidaba de los consejos de Mr. Durosay.

—Le amo tanto como á un padre, replicó con la mayor sencillez.

—En ese caso, de vos depende el librarme de un cruel disgusto.

—El joven comprendió que se le tendía un nuevo lazo y guardó silencio.

—Hé aquí un papel, dijo pausadamente Mr. de Bourcel moviendo entre sus dedos un billete perfectamente perfumado, que interesa en el más alto grado á Mr. Durosay; solamente con mirar la firma, estoy seguro de que adivinaría, sin engañarse, la mano que la había trazado. En esta carta se me daba una cita en Bellavista, una cita de galantería, á la que desgraciadamente no me fué posible asistir, pero esa ocasión que perdí puedo recobrarla fácilmente. Este billete, prosiguió Mr. de Bourcel irguiéndose, será entregado á Mr. Durosay á la salida de la audiencia, si persistís en vuestros escrúpulos. Réstame añadir, que este billete, firmado Sofia, es de Mme. Sofia Durosay.

—¿Mentís! exclamó Florencio encolerizado.

—Medid vuestras palabras, caballero, respondió el marqués con cierto aire de protección.

Y para convencer á su interlocutor de la verdad de su aserto, Mr. de Bourcel desdobló la carta y le enseñó la firma.

La duda era ya imposible.

Florencio, petrificado tanto por la emoción como por la cólera, se quedó sin movimiento y sin voz. Pero las venas de su frente se inyectaban, la pulsación de sus sienas era violenta, y una tempestad se formaba en su cerebro, la que llegó á estallar con tanta más explosión é ímpetu, cuanto que había sido contenida.

Mr. de Bourcel volvió á doblar la carta acusadora y la guardó en su cartera.

—¿Sois un vil y un cobardel dijo Florencio con voz reconcentrada.

—¡Insolentel

—¡Un vil y un infame! Esa carta es un duelo á muerte.

—Ni lo uno ni lo otro.

—Esa carta, os repito, sino queréis que os obligue á batiros conmigo.

—¡Batirme con vos! ¿no conocéis que eso sería una locura?

—¿Sé el medio de obligaros á ello!

Y al decir esto, la mano de Florencio se imprimió sobre la mejilla de monsieur de Bourcel.

Este, armado de un puñal, se arrojó sobre el joven.

—¡Asesino! gritó Florencio.

Un grito agudo y penetrante partió del lado del balcón y fué seguido de un ruido sordo semejante al que produce la caída de un cuerpo.

El marqués dejó caer su arma.

—No estamos solos, caballero, dijo, ¡ya tendréis noticias mías!

Y se lanzó á la puerta.

Florencio corrió precipitadamente hacia el balcón.

Las flores, radiantes y risueñas se balanceaban juguetonas acariciadas por la brisa.

Entonces dirigió su mirada al balcón vecino.

Dos jarrones habían sido derribados y varias flores que apenas se sostenían sobre sus tallos rotos.

## VIII.

Un encuentro entre Florencio, y Mr. de Bourcel era inevitable. Pero, con el consentimiento de los padrinos, y en vista de la petición del joven abogado, deseoso de no faltar á la misión que le había confiado la marquesa, quedó aplazado el lance.

Se acercaba el momento de los debates.

Este proceso entre personas de una clase elevada, ambos jóvenes y bellos, prometía ser fértil en incidentes y escándalos.

Siguiendo la costumbre, Mr. y Mme. de Bourcel habían sido llamados á la Cámara del Consejo, y el presidente se esforza-

ba por conducir á las partes beligerantes á una transacción.

Las reflexiones y esfuerzos del magistrado se habían estrellado ante la pureza y piedad filial de la marquesa. No habían podido encubrir la ambición y cinismo de Mr. de Bourcel.

Al fin llegó el día solemne.

Á las once de la mañana, el tribunal se reunió; siendo sucesivamente introducidos los testigos.

De la mayor parte de las declaraciones resultó que el marqués, cuya conducta podía muy bien no ser ejemplar, jamás había faltado públicamente á la marquesa, á las consideraciones que todo hombre que se estime en algo, debe á una señora, y máxime siendo la suya, pues no obstante de que no la prodigase todos los cuidados y consideraciones, signos de una unión satisfecha, nunca se dejaba arrastrar, con respecto á ella, de una violencia reprehensible.

Las predicciones del abogado se realizaban punto por punto.

Un elogio de Mr. de Bourcel, que no pasaba por un santo, una pintura demasiado favorable de sus costumbres, que todo el mundo sabía que eran poco patriarcales, una negación completa ó una atenuación estudiada de sus desórdenes, demasiado públicos para ser ignorados, hacia, sin embargo, que se sospechase de la exactitud de los alegatos. Los testigos evitaron prudentemente toda exageración que pudiese comprometerlos, y se expresaron con una naturalidad muy propia para inspirar la confianza.

Todos habían sido seducidos por Ceco con una incansable perseverancia, recompensados con generosidad y halagados bajo diferentes puntos de vista. Una persona, sin embargo, se resistió á la seducción.

Citada á la audiencia como testigo de descargo, una anciana ama de gobierno que había educado á María, estuvo á punto de destruir toda la astucia y habilidad

desplegadas por el marqués y su mayor-domo.

Habló, en términos conmovedores, de la dichosa infancia de su ama, de su pacífica juventud, y después, de los tormentos é insomnios que la asaltaban desde que la fatal tenacidad de lord Basaukett la había entregado á Mr. de Bourcel.

Hizo un retrato tan á lo vivo del marqués, que este perdió su serenidad y el público sintió una repentina simpatía por Mme. de Bourcel.

Pero esta declaración, abrumadora para el marqués, ¿estaba corroborada por alguna otra? ¿No emanaba de una persona ciegamente consagrada á Mme. de Bourcel? Esta persona, ¿había asistido á las escenas que había descrito? Despedida por el marqués, pocos meses después de su instalación en París, ¿no era fácil admitir que hablase la presión de un resentimiento natural? Sin dejar de ser sincera, ¿no podía dejar de ser verídica?

Estas observaciones y otras semejantes atenuaron, gradualmente, el efecto que había producido esta declaración.

La primera impresión fué buena y justa, pero como sucede generalmente, la reflexión la destruyó.

La lista de testigos se había agotado. Florencio se levantó.

Su palidez, su emoción que no trataba de disimular, sus ojos hundidos por las veladas, sus cabellos desordenados y echados hácia atrás, y sus mejillas algo enjutas, todo fué notado por el auditorio. Parecía, no á un defensor mas ó menos convencido de la justicia de la causa porque iba á abogar, sino á un bardo pronto á dejar vibrar las cuerdas de su conciencia y de su alma á impulsos de la verdad y de la inspiración.

Uno de esos murmullos precursores del mas profundo silencio se dejó sentir por todo el salón.

Florencio no había empezado aun á hablar y ya le escuchaban.

—«Señores, dijo, para pesar con imparcialidad la justicia de la demanda de se-

paración que os acaba de ser sometida es necesario penetrar menos en los hechos que en los sentimientos; interrogar menos á las circunstancias que al corazón de los mismos esposos. El profundo conocimiento de sus relaciones íntimas, es la única luz capaz de penetrar las oscuridades de la causa. Para responder con acierto á las graves cuestiones que la ley llama á dilucidar, es indispensable que los señores marqueses de Bourcel se os presenten tales como son; que los sigáis paso á paso, desde el día de su unión en la Martinica, hasta el día en que nos reúne, vosotros para escuchar, yo para esclarecer los hechos; á mí me toca atacar y defender, á vosotros absolver ó condenar. Permitidme que sea el escrupuloso historiador de esos dos seres, que jamás deberían de haberse unido; permitidme iniciaros en su existencia comun.

»Pero dejadme también no detallar todos los misterios, no sondear todas las llagas y recónditos dolores que tanto os repugnaria á vosotros penetrar como á mí divulgar; llagas incurables, que no podríamos contemplar sin desaliento. A través de mis reticencias, ved el fondo de las cosas sin prevención. Decir todo lo que cree, creer todo lo que dice, es la misión del abogado; esa es la que yo me he impuesto, y por nada faltaré á ella.»

Después de este exordio, expresado con sencillez, el joven abogado presentó á la marquesa aquella virtud firme y llena de dulzura, aquella inocencia ideal y práctica, doblegándose al deseo de su padre, dominando su aversión, oponiendo la dignidad y la paciencia á las impurezas y vicios que la rodeaban.

El suicidio de lord Basaukett, las prodigalidades de Mr. de Bourcel, los desórdenes y malos tratamientos, produjeron rasgos oratorios llenos de originalidad y de apóstrofes conmovedores é impregnados de ternura.

Abordando en seguida la discusión, sostuvo que la gravedad de las injurias y de las humillaciones debía medirse de una

manera relativa y no absoluta, que era preciso consultar el estado de los esposos, teniendo en consideración su posición social y su educación, puesto que no era posible atenderse siempre equitativamente á un nivel uniforme. Demostró que Mr. de Bourcel procuraba, desde hacía mucho tiempo, pervertir á su esposa, esforzándose por deshonorarla y envilecerla, á fin de poder seguir mas cómodamente la vía de inmoralidad que se había trazado, y por la cual marchaba desde su juventud con una vergonzosa obcecación. A la vez mordaz y patético, vehemente y lánguido, audaz y remiso, el orador encendió en todas las convicciones el fuego de que se hallaba animado, y arrastró el auditorio con el torrente y elocuencia de su palabra.

«Los escándalos que, á pesar mio, he presentado, exclamó, y que me hubiera sido fácil multiplicar, fueron por mucho tiempo perdonados por mi cliente; no se los recuerda hoy sino para sustraerse á ellos. No ha sido ella quien me los ha descubierto. Yo no soy mas que el debilitado eco de un amigo de la familia, de un anciano estimado de todos, carácter recto que nunca se desvia de la verdadera senda, espíritu imparcial que no se engaña, corazón elevado que ignora los sentimientos vulgares, y labio leal que jamás ha mentido. No hay ninguna exageración de mi parte; de la vuestra no puede haber desconfianza posible. Mi misión queda terminada, señores; ahora empieza la vuestra. Ante vosotros he dejado expresarse con completa libertad á mi corazón; ese guía siempre fiel cuando se le escucha con sinceridad. Señores, puede decirse que aun no sé coordinar una defensa, no sé mas que hablar en nombre de los mas puros y nobles sentimientos; ¡dulce y santa expansión, que me hace bendecir la carrera que me atravesó á comenzar. ¡Venga ahora vuestra decisión! La espero con confianza. Ella probará que no es posible engañarse cuando se defiende lo verdadero, lo bueno y lo justo.»

Ruidosos aplausos, reprimidos con trabajo por el presidente, se oyeron por todas partes. Florencio había ganado su causa con la asamblea.

Después del ruin y traidor discurso del abogado del marqués y de unas cuantas réplicas, el abogado del rey presentó su petición. En ausencia de hechos que constituyesen injurias ó humillaciones graves, se pronunció contra la separación pedida. El tribunal se retiró inmediatamente. Lo largo de la deliberación dió á comprender la confusión de los jueces. Cuando aparecieron, todas las miradas se fijaron en ellos, queriendo leer en sus semblantes la suerte de la marquesa. Las peticiones del ministerio público fueron adoptadas. Madame de Bourcel había perdido su causa.

La lectura de la sentencia produjo una prolongada sensación en la multitud, llegando á tomar las proporciones de un tumulto.

Florencio ni veía ni oía, ni sabía dónde se hallaba; estaba anonadado. Un apretón de manos de Mr. Durosay le sacó de aquella situación, recordándole las realidades del momento.

El crepúsculo vespertino empezaba á desaparecer. Al atravesar el salón, Mr. de Bourcel se acercó á Florencio.

—Esta noche, le dijo con una ironía en la que se revelaba su triunfo, la carta de Mme. Sofia Durosay será puesta en manos de su marido.

Florencio hizo un movimiento de disgusto é impaciencia.

—¿Qué día? le preguntó con acento significativo.

—Pasado mañana.

—¿El sitio?

—La puerta Maillot.

—¿La hora?

—A las siete.

—¿Duelo á muerte, señor marqués!

—En eso estoy, señor abogado.

## IX.

Florencio había perdido su primera batalla.

Para cualquiera otro mas egoísta y menos enamorado este golpe, no hubiera sido estéril y sin compensación. Hay, en efecto, reverses tan envidiables como el mismo triunfo, retiradas mucho mas gloriosas que victorias. Mirada bajo el punto de vista personal, la derrota del joven abogado no dejaba de tener su lado triunfal. Infinitas personas repetían su nombre aun desconocido el día anterior; los periódicos, á porfía, le colocaban en el catálogo de los mas distinguidos abogados, y los bravos y nutridos aplausos de un escogido auditorio le habían dado el bautismo de la elocuencia. Pero, á pesar de todo, la satisfacción de su amor propio no podía hacerle perder de vista el intenso dolor y la amargura de la marquesa.

Rendido por la emoción y la fatiga, el joven abogado, á la salida de la audiencia, se dirigió hácia la morada de su jefe.

Cuando llegó, la noche había cerrado por completo, y pardas nubes se extendían sobre la ciudad presentando sus impalpables tejidos.

Florencio se encajó el sombrero hasta los ojos, y se situó junto á la puerta cochera de manera que pudiese ver la llegada del mensajero de Mr. de Bourcel; pues no era probable ni que el marqués llevase por sí mismo la fatal carta, ni que la confiase al correo.

En este estado trascurrió mas de una hora.

La puerta se abrió por fin. Florencio se arrimó contra la pared; y, á pesar de la oscuridad de la noche, velada por un denso crespon, pudo reconocer al abogado. Mon-

sieur Durosay había sido sin duda llamado para algun asunto urgente, á juzgar por la precipitación de sus pasos. ¿A dónde iba? ¿Había llegado á sus manos la carta?

Aquella salida y aquella precipitación acrecentaron los temores de Florencio.

Después de largo tiempo de espera, vió al fin á un hombre, que era el mayordomo Cecco, aproximarse á la puerta con una carta en la mano. Florencio estuvo tentado de arrancársela. Pero aquella carta, ¿iba dirigida al abogado? ¿La enviaba Mr. de Bourcel? Por otra parte, el mensajero parecía ser robusto, podía ir armado. Florencio tenía en demasiado el triunfo para no obrar con prudencia. En cuanto á seducir al emisario á precio de oro, no pensó en ello.

Aun suponiendo que este hombre á quien no conocía, fuera venal, su desenfrenada ambición debía estar mas que satisfecha por el oro del marqués. Florencio esperó, pues, la salida del mensajero con la mayor ansiedad.

Apenas salió este y desapareció entre la densa niebla, que por momentos se iba espesando, Florencio levantó el aldabon de la puerta dajándole caer con fuerza. De un salto llegó á la habitación del portero. Al primer golpe de vista divisó una carta sobre la mesa.

—¿Es carta para Mr. Durosay? dijo apoderándose de ella; voy á ponerla sobre su bufete.

—Parece, observó el portero, que es una carta de mucho interés, pues me ha encargado muy especialmente que no la confíase á nadie, y que se la entregase á monsieur Durosay en su propia mano.

—Razon de mas, respondió Florencio, para no esponerla á que se extravíe en vuestra habitación.

Y al decir esto empezó á subir precipitadamente la escalera.

—¿Quién me había de decir, pensaba al subir la escalera, que esta carta es precisamente la que necesito?

Impaciente por poner fin á su incerti-

dumbre, se detuvo y rompió el sobre sin vacilar.

Había una razon bastante poderosa para que se decidiese á abrir aquella carta sin pararse en escrúpulos. El fin, ¿no justificaba el medio?

La alegría de Florencio fué indecible, pues reconoció el billete perfectamente perfumado que llevaba por firma: «Soffa.» Una nota en que se daban esplicaciones, acompañaba á este billete.

El joven respiró con toda libertad.

Una complicación imprevista estuvo á punto de comprometer el buen éxito de un suceso tan deseado.

Cuando el joven abogado acababa de doblar la carta, la esposa de Mr. Durosay, vestida con una esquisita elegancia, salió de sus habitaciones. Un carruaje acababa de detenerse á la puerta. Aquella noche había una representación extraordinaria en los Italianos.

Florencio saludó respetuosamente á la joven y se separó para dejarla el paso. En aquel instante se oyeron pasos en la escalera.

El abogado entraba.

Desde el momento en que vió á Florencio, y continuando subiendo con lentitud, le interpeló.

—¿Tienes una carta para mí? gritó.

Florencio no contestó; pero tocando ligeramente en la espalda á Mme. Durosay, que se volvió como ofendida de aquella libertad, le dijo muy bajo dándole la carta:

—Tomad pronto, y no me desmintais.

El menor retraso podía ser fatal.

Soffa le escuchaba impasible y con cierto aire de desden.

—Tomad pronto, prosiguió Florencio, ó sois perdida. Bellavista... monsieur de Bourcel...

Mme. Durosay cambió repentinamente de color, se apoderó de la carta y la ocultó en el pecho.

El abogado había vuelto ya el recodo de la escalera, y solo le separaba de Florencio algunos escalones.

—¿Dónde está esa carta tan importante? preguntó.

—Estais en un error, contestó Florencio.

—¿Cómo?

—El portero se ha equivocado. La carta estaba dirigida á Mme. Durosay, y acabo de entregársela.

La joven hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—¡Vive Dios! ¿no he visto gente mas bestia que los porteros! exclamó Mr. Durosay. Adios, Soffa, añadió volviéndose hácia su mujer. Estoy tan cansado que esta noche no iré á buscarte; que te acompañe Mr. Cormet. Adios, y que te diviertas mucho, mi querida Soffa.

Al decir esto el abogado imprimió un beso paternal en la frente de su esposa mas pálida que de ordinario. Esta se apresuró á bajar, no sin dirigir al joven una mirada confusa, en la que brillaba un rayo de gratitud.

—En cuanto á tí, prosiguió Mr. Durosay, nada tienes que hacer en el estudio esta noche.

—En efecto, respondió Florencio, estoy afectado.

—Te siento con fiebre, replicó el abogado tomando la mano del joven. ¡Imprudente! ¿Quieres caer enfermo?

—Es un poco de fatiga y nada mas.

—Mañana iré á tu casa temprano. Prométeme no salir de ella hasta que yo vaya.

—¿Qué aire tan misterioso! observó Florencio.

—Conozco cierto proyecto, replicó el abogado, cuya fisonomía se oscurecía.

—¿Qué queréis decir?

—Mañana me explicaré.... ¿me esperarás?

—Os lo prometo.

—Cuento con tu palabra. Adios, vete á descansar y cuídate mucho. Hasta mañana.

Y Mr. Durosay, después de haber oprimido la mano del joven, entró en su habitación.

¿Qué confidencia sería la que tenía que hacerle el anciano? ¿Por qué aquellas reticencias, aquel rostro taciturno? ¿Qué pensar de las palabras de su protector? Ahora que había librado á su bienhechor de uno de esos mas punzantes dolores, Florencio podía abandonarse á su propia aflicción.

A ella, pues, se entregó por completo.

Aquel día, sin embargo, no debía terminar para él sin una nueva alegría y un nuevo pesar.

A su vuelta, Florencio vió una carta delicadamente atada á su clavel. La cogió con avidez y la abrió. Estaba así concebida:

«Hay sacrificios que no se pueden pagar, el vuestro es uno de ellos. Mi corazón es bastante grande para contener un reconocimiento sin límites y sin fin. ¡No mas jueces! ¡No mas tribunal! Esta mañana creí morir. La justicia no me la ha querido administrar; me queda la fuga. A ella apelo y parto. Quizás no nos encontraremos ya mas en este mundo. Me despido, pues, de vos hasta el otro.

»Vuestra vecina,  
María.»

De esta carta, que Florencio leyó y releyó veinte veces, cubriéndola de besos y de lágrimas, se desprendió una rosa blanca ya medio seca.

## X.

Mr. Durosay acudió con exactitud á la cita.

A pesar de la fiebre que le consumía y que la carta de Mme. de Bourcel no había contribuido poco á aumentar, Florencio, inclinado sobre su bufete, parecía embobado en un trabajo formal. El semblante,

ordinariamente jovial del anciano, se presentaba grave.

En cuanto al joven, se notaba en él un no sé qué de recogimiento y de solemne.

—¿Es tal vez tu testamento el que estás haciendo? dijo al entrar Mr. Durosay.

Y en efecto, de su testamento era de lo que se ocupaba Florencio.

—Cuando se debe ir á un duelo... prosiguió el abogado.

—¿Quién os ha dicho?... interrumpió Florencio.

—¿Quién? respondió Mr. Durosay; la marquesa, con la que he tenido una última entrevista ayer noche.

—¿En dónde está? preguntó el joven.

El abogado levantó los ojos al cielo.

—¡Dios lo sabe!... la marquesa, añadió, feliz en poderse separar por algunos momentos de la envenenada atmósfera que la rodeaba, y deseosa de hallar en la compañía de las flores de su anciana y antigua aya, tu vecina, un poco de olvido y de tranquilidad; la marquesa, espectadora invisible y providencial de tu lucha nocturna con Mr. de Bourcel; la marquesa, en fin, sin cuyo auxilio quizás hubieras sido asesinado.

—¿Luego aquel grito desgarrador?...

—Aquel grito que hizo caer el puñal levantado para herirte, fué ella quien le dió.

Florencio se cubrió el rostro con las manos.

—¡Ella me ha salvado, murmuró, y yo, yo no he podido salvarla!

—Ya ves que estoy al corriente de todo, replicó Mr. Durosay. En cuanto á ese duelo...

—Nada en este mundo puede impedirle, interrumpió el joven.

—No tendrá efecto, acentuó el abogado.

Florencio levantó la cabeza.

—He abofeteado al marqués, dijo.

—¡Aun cuando así sea!

—¡Renunciar á la felicidad, conforme! pero dejar sin venganza á la marquesa!...

¡oh! ¡mañana!... ¡mañana! exclamó el joven como hablando consigo mismo.

—Ese duelo no tendrá lugar, repitió con la mayor sangre fría el abogado.

—¿Queréis que me deshonre?

—Te digo que ese duelo es imposible.

—Lo que es imposible es que yo no mate á Mr. de Bourcel, ó que Mr. de Bourcel no me mate á mí.

—Dilema inaceptable, Florencio.

—Necesario, replicó el joven.

Mr. Durosay se cruzó de brazos y le miró con fijeza.

—¿Luego estás decidido á batirte?

—Firmemente decidido,

—¿Es decir que has tomado tu resolución?

—Que es inquebrantable.

—¿Luego toda súplica sería inútil?

—¿Puedo ser un cobarde?

—¿Y si mueres?

—Habré cumplido con mi deber.

—¿Y yo, Florencio, y yo? ¿No piensas en tu viejo amigo? Sin tí, ¿qué haría yo sobre la tierra?

Las palabras de Mr. Durosay inspiraban gran compasión; Florencio estaba conmovido.

El abogado se sentó junto á él.

—¿Es preciso que te batas, di? ¿Es preciso que te mate Mr. de Bourcel ó que tú le mates?

Mr. Durosay hizo una pausa.

—¿Y si yo te probase, prosiguió, la imposibilidad de ese duelo!

—¡Inútil tentativa!

—¿Y si te obligase á comprender la causa?

—No lo esperéis.

El abogado colocó la mano sobre el brazo del joven, y le dijo con dulzura:

—Te indignas solo á la idea de retroceder ante el desafío de Mr. de Bourcel, lo concibo; sin embargo, dentro de algunos instantes, te estremecerás solo á la idea de aceptarlo. Escúchame, Florencio, y sé tú mismo juez.

—Hace ya bastantes años... tendría pró-

ximamente tu edad, y en nada me parecía al hombre positivista que en mí ves hoy; tenía una gran fuerza de imaginación, una temeridad á que no se arredaba ante ningún obstáculo, el corazón apasionado y deseoso de aventuras, y espíritu caballeresco. Profesaba una particular inclinación hácia las novelas y dramas en que el amor desempeñaba el principal papel. Lo extraño y lo maravilloso tenía para mí una fuerza de atracción irresistible, y me electrizaraban. Verme mezclado en alguna intriga amorosa de las mas complicadas, y llegar á ser el héroe de ella, era el mas ardiente de mis deseos, mi mas dorada ilusión. Esta ilusión y estos deseos se realizaron y fueron aun mas allá de mis esperanzas!

Acababa de concluir mi carrera en Rennes.

Mi padre me envió á Bourbon-Vendéc á casa de un abogado amigo suyo, con objeto de que hiciese mi práctica, y con el proyecto, si la profesion me agradaba, de comprarme algunos bienes y de que me estableciese, proyecto que vió realizado poco tiempo antes de su muerte. Mi jefe, hombre instruido y considerado en el país, me tomó cariño, y con ayuda de mi inteligencia, llegué á ser bien pronto el primero de su estudio.

Esta posición me puso en relación directa con sus clientes, casi todos de elevado nacimiento y ricos propietarios. A mí no me faltaba ni buenas maneras ni buen físico, ni distinción; pertenecía á una familia distinguida y bien acomodada, poseía algunos conocimientos de canto y de literatura, y mi jefe me trataba y consideraba como si fuese su propio hijo. Todas estas consideraciones hicieron que se me admitiese, sin dificultad, entre las familias mas elevadas y títulos que pasaban casi todo el año en sus posesiones, siendo tratado por todos con esa afable y digna cortesía, cuya traición se borra de día en día, y la que la antigua nobleza francesa parece haber monopolizado en su provecho.

De estas familias que pertenecían á la

alta aristocracia, la que yo frecuentaba con mas asiduidad, y la que me manifestaba mas aprecio y benevolencia, era la familia de Bourcel.

El marqués, hombre de cincuenta años, carácter brusco, de borrascoso humor, pero que me habia tomado una particular afecion, por lo que buscaba mi compañía, hacia una vida retirada. La lectura, la caza y la correspondencia, constituian su existencia.

Me referia de sus negocios hasta los mas minuciosos detalles; me entremetia sus agravios contra tal ó cual vecino; me iniciaba en todos sus proyectos, y me tenia al corriente de todo cuanto le concernia. Yo le escuchaba con deferencia, le aconsejaba cuando me lo exigia, le contrariaba algunas veces, y rara vez se pasaba una semana sin que me invitase á ir á comer á su castillo.

Muchas veces le acompañaba tambien á sus partidas de caza, y gracias á sus lecciones, de las que yo procuraba sacar el mejor partido, bien pronto adquirí una reputacion merecida entre los mas atrevidos y diestros tiradores. Nuestras relaciones no tardaron en estrecharse, á consecuencia de un suceso fortuito, del que los autores de romances y comedias han usado y abusado con frecuencia.

En los alrededores del castillo, se descubrió un javalí; fortuna inesperada que los cazadores tuvieron buen cuidado de no dejar escapar. Inmediatamente se anunció una batida general, y en una fria mañana de diciembre, unos cincuenta cazadores bien montados y equipados, y acompañados de vigorosos perros y hábiles ojeadores, salieron en busca del terrible animal que habia cometido la imprudencia de dejarse ver.

Me coloqué entre la comitiva, y bien pronto los adelanté á todos con el marqués. Pero el javalí tenia buenos piés y mejor vista; así es que nos cansábamos de correr tras de él y de las vueltas y rodeos que nos obligaba á hacer con sus continuos cambios de direccion. Sin embargo, al ca-

bo de algun tiempo, y cuando se vió acosado muy de cerca, se apoyó contra un árbol, resuelto á vender muy cara su piel.

El marqués y yo galopábamos siempre delante. Siendo los primeros que llegamos en frente del furioso animal, echamos pié á tierra. Dos tiros partieron casi simultáneamente. El javalí rodó por el suelo, nos acercamos. La bestia no estaba mas que herida, se levanta y se arroja sobre Mr. de Bourcel. Mas pronto que el rayo, me interpongo entre el marqués y el animal; enfurecido por su herida, y recibí en un costado un fuertísimo golpe, que felizmente no tuvo fatales consecuencias. Caí en tierra. Mi compañero, precipitadamente, tuvo tiempo de sacar su cuchillo y de sepultarlo en el vientre del javalí; esta vez no se volvió á levantar.

Colocado en una especie de camilla improvisada, fui conducido al castillo, en el que no tardé en recobrar el sentido. El médico declaró que no habia fractura, y que me restableceria solo con guardar algunos dias de cama. Supliqué que me trasportasen á mi casa, pero el marqués y su esposa insistieron en que continuase al lado de ellos. Pasé quince dias en el castillo. Los mas esmerados y afectuosos cuidados me fueron prodigados en él, en particular por la marquesa.

Fuese agradecimiento, por haber preservado á su marido; fuese por imaginacion un poco romántica, Mme. de Bourcel se tomó por mí el mas tierno interés. La vista de aquella fiera, rodeada por los cazadores, y la palidez de mi rostro, entre otras cosas, la habian impresionado profundamente. Me hablaba sin cesar de aquella escena, y su voz era temblorosa y casi convulsa cuando se ocupaba de ella.

La marquesa era una mujer de treinta y dos años, admirablemente formada, de elevada estatura, bella y majestuosa. De tres hijos, solo le quedaba uno, que aunque muy jóven todavía, le causaba ya vivas inquietudes. Embustero, gloton, perezoso é insolente, el pequeño Ludovico pareció,

desde entonces, no pensar mas que en el mal. Se mostrada igualmente insensible á los halagos y caricias de Mme. de Bourcel. Poco querida de su hijo, y poco comprendida de su marido, á pesar de su belleza, de su nacimiento y de su fortuna, era desgraciada.

Esta desgracia, la permanencia en el castillo, las mútuas confianzas que resultaron de nuestro frecuente trato, podian dejar de ejercer cierta impresion en un corazon como el mio?

Una noche, al despertarme sobresaltado en medio de un ensueño, del que Mme. de Bourcel era la heroina, y durante el cual habia pronunciado sin duda su nombre, ¡cuál no seria mi sorpresa al verla inclinada sobre mi cama, contemplándome en silencio! En su mirada tierna y brillante, se revelaba la madre y la amiga; sobre todo, se retrataba el corazon de la mujer. Un vértigo, un delirio se apoderó de mí, y me atreví á confesarla que la amaba. Aquella encantadora criatura me escuchó tranquila sin ira ni desden; ella tambien me amaba!

Nuestros amores duraron algunos años; amores llenos de encantos y de peligros. ¡Cuántas noches pasé á la intemperie por lograr una conversacion de algunos instantes! ¡Cuántas veces cruzé los bosques y praderas por poderla oprimir la mano! ¡Cuántas citas se frustraron! El marqués partió para Inglaterra, adonde le llamaban negocios importantes. Permaneció un año ausente. A su vuelta, todo quedó concluido entre la marquesa y yo.

Mr. Durosay se detuvo un instante. A juzgar por la fisonomia de los dos interlocutores, fácilmente podia comprenderse que, si el uno esperaba con ansiedad el fin del relato, el otro experimentaba una angustia indefinible al terminarlo.

—Fui de Bourbon-Vendée, y compré un bufete en París, coetivó Mr. Durosay. Por un tiempo bastante dilatado, me consumió la tristeza; despues volví á recobrar mi natural alegría y buen humor. Me casé. Ann cuando no oyese hablar de la marquesa, y

mi vida fuese bastante activa y distraida, muchas veces un recuerdo me asaltaba, y me preguntaba cuál seria la suerte de aquella mujer tan imponente y activa, que no habia temido aceptar mi amor en cambio del suyo. Aquella pregunta que me dirigia á mí mismo muchas veces, recibió una contestacion inesperada. Conducida bruscamente á Inglaterra por su marido, la marquesa me escribió desde su lecho de muerte.

Al pronunciar estas últimas palabras, la voz de Mr. Durosay se habia apagado.

El abogado se detuvo de nuevo y acercó el pañuelo á sus ojos.

—La repentina vuelta de Mr. de Bourcel, prosiguió, habia defraudado todas las previsiones de la marquesa, destruyendo todos sus cálculos. Obligada á abandonar inmediatamente la Francia y á embarcarse con él, la misma noche de su partida, consiguió, gracias al afecto de su antiguo criado, ocultar su falta y evitar el castigo. Este castigo hubiera sido terrible, pues Mr. de Bourcel era inexorable con todo cuanto tuviese relacion con su honor. Pudo escapar á las iras de su marido, pero, á costa de qué sacrificio! Hizo llevar secretamente á la quinta de los Herbiers, confiándolo á una desconocida, á Teresa Picard, el fruto adorado de sus entrañas, su hijo, del que yo ignoraba la existencia, y á quien ella no ha podido volver á ver ni abrazar antes de morir.

—¡Padre mio! exclamó Florencio.

—Si, tu padre, dijo el abogado oprimiéndole contra su corazon; tu padre á quien, hasta ahora, no le ha sido permitido llamarte en alta voz su hijo, su hijo querido. Mis instancias, mis esfuerzos, no han podido aun triunfar de la resistencia de mi mujer; pero tranquilízate, hijo mio, lo conseguiré. Es preciso que te haga justicia y que consienta en dividir contigo mi nombre, que es tambien el tuyo. El dia en que pueda confesarlo ante todos, presentarte á todos, aquel dia será el mas bello de mi vida.



—¡Padre miol ¡padre miol! exclamaba Florencio fuera de sí.

—¿No tenia razon, querido hijo, al afirmarte que ese duelo era imposible? Ahora me creerás, ¿no es eso? ¡Un duelo entre hermanos!

Florencio pasó repetidas veces las manos por sus ojos, como si quisiese desprenderse de una vision importuna.

—¡Entre hermanos! dijo sordamente. ¡El marqués de Bourcell!

—¡Cálmate, Florencio!

—¡El marido de María! añadió el joven con acento desesperado. ¡No, no, el marqués no es mi hermano! ¡Oh Dios miol! ¡Dios miol! exclamó en el colmo del delirio.

Después cayó á los piés del anciano. Sus brazos permanecieron inertes, su cabeza se inclinó, un ahogado suspiro se escapó de sus labios descoloridos, y sus párpados se cerraron.

Mudo y aterrado, Mr. Durosay se arrojó junto á su hijo.

## XI.

El viento del olvido habia tendido sus alas sobre los dos balcones. Aquella dulce confusion de jazmines y rosas, de claveles y resedan, toda aquella perfumada y encantadora familia, permanecia ahora triste, mustia y abandonada. Aquellos frondosos balcones que atraian las miradas de cuantos pasaban por las calles, y que embalsamaban la atmósfera con sus variados y riquísimos perfumes, se habian transformado en una especie de cementerio. No se veian mas que tallos secos, pétalos marchitos y hojas desprendidas. Las macetas conservaban su simetría, pero no sostenian mas que esqueletos.

Tronos de flores en otro tiempo, ahora no eran mas que féretros. Aromáticas

plantas, delicados arbustos, flores de suavísima fragancia, ¿por qué yaceis mustias y abatidas? ¿Por qué inclináis las frentes antes tan erguidas? ¿Dónde está vuestra lozania, la púrpura de vuestros colores, el rico aroma de vuestros puros y fresquísimos alientos? ¿Por qué no os columpiáis dulcemente á merced de la amorosa brisa que tantas veces os brindó caricias? ¿A dónde están las manos que os cuidaban? Los corazones que os amaban, ¿dónde se fueron? ¡Pobres flores! La marquesa, vuestra fiel amiga, vuestra protectora, vuestra hermana, ha partido; sí, ha partido quizás para no volver jamás. En cuanto á Florencio, vuestro amante, vuestro hermano, vive aun cerca de vosotros, testigos mudos de los acontecimientos de la vida, confidentes de sus ilusiones y de su amor. Si os abandona, no por eso le acuseis ni le tacheis de ingrato, no se pertenece. Pertenece á la enfermedad, á una enfermedad que le consume y le devora, enfermedad larga y peligrosa, al final de la cual quizás pueda presentarse la enagenacion mental.

Los resultados pueden ser completamente opuestos; después de mil penalidades y accidentes puede volverse á disfrutar de salud recobrando nueva vida; ó por el contrario, después de mil sufrimientos se puede descender directamente al sepulcro.

¿Cuál de estos dos caminos seguirá Florencio? ¿Volverá á este mundo? ¿Se dejará arrastrar hácia el otro? Arduo problema que ni aun la ciencia puede resolver; enigma, cuya solucion está en el cielo.

A la cabecera de la cama del enfermo se vé á una mujer de avanzada edad. Es Teresa Picard que, arruinada por las despiadadas órdenes de Mr. de Bourcel, fué arrojada de los Herbiers.

—Puesto que no tengo ni asilo ni esperanza, pensó la pobre mujer, puesto que me hallo en la miseria, es preciso que vaya á reclamar de aquel á quien serví de madre, el consuelo y la subsistencia. El pan les falta á mis hijos, y aun al mismo

Francisco; él dividirá el suyo con nosotros; él no se atreverá á rechazarnos; es bueno, y hará por mí todo cuanto yo he hecho por él.

Una vez formada su determinación, se dirigió directamente á París; llamó á la puerta de Florencio, y está se abrió de par en par para recibirla.

Parecia que la misma Providencia era la que la enviaba.

Desde los primeros síntomas del mal que amenazaba la existencia del joven abogado, ella se hallaba á su lado, siempre tranquila, resuelta y servicial. Los médicos iban y venian, consultaban libros y mas libros y sacudian la cabeza. Teresa no perdía su serenidad. Las consultas se sucedian unas á otras y no indicaban ningun remedio eficaz. Ella continuaba impassible. Mr. Durosay pasó de una alegría extrema á un extremo dolor. No podía contenerse y se lamentaba como si le hubiesen quitado su hijo.

La pobre Teresa jamás desmayaba. ¿Ya, una vez, no le habia disputado á la muerte? ¿No le habia vuelto á la salud? ¿Por qué no se habia de renovar el mismo milagro. Para detener los estragos de la enfermedad, ponéd en juego todos los recursos de vuestra ciencia, sabios doctores; en ello hareis bien, estais en vuestro derecho. Vuestros mandatos y prescripciones quizás consigán su objeto, pues mientras que derramáis, con una enérgica perseverancia, las semillas necesarias para conseguir una curacion muy dudosa, la bretona las fecundiza con el sol de su fé, con el rocío de sus oraciones, único sol y único rocío capaces de hacerlas fructificar.

La resignacion, la paciencia, el esmero y los cuidados que desplegaba esta pobre mujer eran verdaderamente evangélicos.

Y no atribuyamos su ejemplar conducta al interés personal ó de egoismo; no, ninguna pasión mezquina movia los sentimientos de aquella mujer. Florencio era su hijo, Florencio habia merecido desde que por primera vez le mecía en sus bra-

zos, ese cariño ingénito en el corazón de las madres y que no todos alcanzan á comprender. Dedicarse á él, sacrificarse por él, era para la infeliz Teresa la mision mas santa á que podia consagrarse. El sueño habia huido de sus párpados; apenas se alimentaba, sus ojos estaban siempre fijos en el enfermo, y sus fervorosas oraciones imploraban la misericordia del Ser Supremo en favor del que recibió sus mas asiduos cuidados.

Florencio dormitaba bajo la esquisita vigilancia de Teresa. De vez en cuando se escapaban algunas espresiones de sus descoloridos y descoloridos labios:

—¡Padre miol... ¡padre miol! murmuraba... ¡Un duelo á muerte!... ¡Marqués, sois muy cruel!... ¡Pobre María! ¡la amo, sí, la amo!... ¡Oh! ¡los jueces! ¡los jueces!... ¿Dónde está María?... ¡María, ven, ven, me muero!... ¡Ah!... ¡cuán pronto viene la muerte!...

Mr. Durosay habia entrado sin producir el menor ruido en la habitacion del enfermo.

—Yo, yo, soy el asesino de mi hijo, se decia á sí mismo. No queria defender á la marquesa, y yo le he obligado á ello. Yo he sido quien ha excitado esa pasión que se esforzaba en ahogar y que ahora le mata. ¿Quién me habla de decir que dejaria esta vida antes que yo! ¡Oh! ¡yo te llamaré hijo mio delante de todos; antes de morir tendrás esta alegría, mi Florencio querido. ¡Hijo de mi alma! ¡Oh! ¡Dios miol! ¡Dios miol! ¡no me robeis mi hijo!

Y el abogado prorrumpió en sollozos. La anciana Teresa se habia arrodillado y oraba.

Florencio abrió los ojos.

—¿Cuánto sufrí! dijo.

Mr. Durosay se dirigió hácia él.

—¡Ah! ¡sois vos, padre miol! ¡Ah! voy á morir, lo conozco; aquí, aquí es donde está el daño.

Y tomando la mano del anciano la colocó sobre su corazón.

—No os desoleis, mi querido padre; vivir para vos y para ella hubiera sido de-

masiado felicidad. Dios no lo ha querido. ¡No es culpa mía si la amo! ¡y cómo no amarla! Estaba persuadido de que moriría con este amor. ¡Pero ella, tan desgraciada y tan bella! ¡Ah, padre mio! cuando haya terminado la poca existencia que me resta, decidla... pero no, no padre mio, no la digais nada.

La bretona había terminado su oración. El enfermo la llamó.

—Teresa, no te estés atormentando; mi padre cuidará de tí y de los tuyos. Cuenta con él lo mismo que pudieras contar conmigo. Os la recomiendo, padre mio; ya sabéis la ternura y los cuidados que siempre ha desplegado para con vuestro hijo: ella me ha enseñado á aborrecer el vicio y á huir de él; ella me ha enseñado á amar el bien y lo bello. ¡Gracias, Teresa, gracias! Tú has sido mi ángel custodio; ¡bendita seas! ¿Dónde se fué aquel tiempo en que apacentaba mi ganado á través de los bosques y praderas? Los pájaros cantaban de rama en rama, la naturaleza se presentaba alegre y risueña.. ¡ah! yo también estaba alegre y gozaba...

Al pronunciar estas palabras exhaló un suspiro. Despues, tomando de encima de la mesa de noche una carta y una flor seca:

—¡Padre mio, prosiguió, leedme esta carta. María es la que me la ha escrito; ¡Ah, María! ¡Adios, allá arriba nos veremos!...

El abogado trató de leer, pero los sollozos se lo impidieron.

—¡Oh! la sé de memoria, dijo el enfermo.

Y recitó la carta palabra por palabra, con la mayor lentitud.

—Tú eres Teresa, la que me dormías en mi cuna, tú serás también la que me duermas en mi sepulcro. Toma esta carta y esta flor, únelas y átalas á mi cuello. Quiero llevarlas á la tumba.

Teresa obedeció.

Florencio la dirigió una lánguida mirada de agradecimiento.

—Me parece que veo á la marquesa y que me sonrío. Perdono á todos los que

me han causado mal. Desecho todos mis odios y reasentimientos, aun hacia Mr. de Bourcel.

Hubo un momento de pausa.

—¡Hermano mio! añadió haciendo un esfuerzo supremo.

Su voz se debilitaba por momentos. Teresa no cesaba de orar. Mr. Durosay permanecía en una de esas situaciones, en las que ni aun hay el consuelo de derramar lágrimas.

—¡Padre mio, abrazadme; abrazadme, Teresa!... Adios... adios, Teresa... ¡Adios padre mio!... ¡Adios, María, adios!...

Y se volvió hacia la pared. Teresa continuaba llorando. Gruesas lágrimas rodaban por sus rugosas mejillas. El abogado arrojó sobre su hijo una de esas miradas en que se revela el hombre á quien lo agudo de los dolores casi le han hecho perder la sensibilidad.

El médico acababa de entrar. Le examinó al enfermo, le tomó el pulso y aplicó el oído sobre su pecho. Mr. Durosay y Teresa dirigieron la vista hacia él queriéndole interrogar con los ojos. El médico hizo un gesto que parecía decir:

—¡Ya no hay esperanza!

En este momento, Francisco Picard abrió la puerta.

Llevaba un periódico en la mano. Su rostro, rodeado de largos cabellos blancos, tenia una expresión solemne.

—¡Justicia de Dios! pronunció con un tono profético.

El médico, el abogado y Teresa, se volvieron hacia él.

—¡Justicia de Dios! repitió, mirad.

Y presentó el periódico á Mr. Durosay. El abogado lo cogió maquinalmente, y lo pasó al médico. Este leyó en voz alta el artículo siguiente:

«Antes de ayer mañana tuvo lugar un encuentro, en los alrededores de París, entre el duque de Sornetan y el marqués de Bourcel. Un escrito entregado al duque de Sornetan, ha sido el motivo aparente, ó mas bien el pretexto de aquel encuentro; pues, á creer ciertos rumores, seria pre-

ciso buscar la verdadera causa en los secretos del hogar doméstico. De todos modos, las consecuencias de este duelo han sido funestas. El arma elegida fué la pistola. Despues de dos disparos sin resultado, el combate continuó con floretes. Los dos adversarios se batieron durante algunos minutos con igual habilidad. Por último, el duque fué herido ligeramente en el hombro. Al mismo tiempo, el marqués recibió una estocada en la region del corazón. Conducido inmediatamente á su palacio, á los pocos momentos exhaló el último suspiro.»

—¡Los dos hermanos á la vez! murmuró Mr. Durosay, lanzando una mirada sobre el cuerpo de su hijo.

El médico y Francisco sacaron al abogado de aquella habitacion y le condujeron á su casa.

Cuando se quedó sola, Teresa tomó un espejo, le limpió cuidadosamente y le colocó delante de la boca de Florencio.

## XII.

Todo París estaba preocupado con el duelo del duque de Sornetan y del marqués de Bourcel, circulando diferentes versiones sobre las verdaderas causas de aquel desaffo.

La version que corria como la mas autorizada, era la de que una carta, bastante significativa, de la duquesa al marqués, habia caido en poder de su marido. Segun otro rumor mas circunstanciado, esta carta le habia sido entregada por un tal Cecco, mayordomo del marqués, el que habiendo sido bruscamente despedido de su amo, habia procurado vengarse, valiéndose de este medio. Se decia además que, como complemento de su venganza, el tal Cecco se habia introducido en el palacio del mar-

qués la misma mañana en que se batía, y que, con la ayuda de ganzúas que hacia tiempo que habia ido preparando, habia abierto muchos muebles, apoderándose de sumas bastante considerables. Añádase, por último, que habia huido con nombre supuesto, dirigiéndose sin duda á Nápoles, su país natal, y con la probable intencion, no de morir despues de haberle vuelto á ver, sino con la de vivir por largo tiempo en aquella poblacion, pasando la vida del mejor modo posible.

Mientras que Mr. Durosay, sostenido por el doctor y por Francisco Picard, subia lentamente los escalones de su escalera, un convoy que se dirigia al Père-Lachaise, desfilaba por los Boulevares delante de los balcones del abogado; los transeúntes se detenian para contemplarle, quitándose respetuosamente los sombreros, murmurando algunos de ellos con cierta envidiosa admiracion: ¡Qué elegante convoy!

A juzgar, en efecto, por la magnificencia del carro fúnebre, tirado por cuatro caballos adornados de caparzones y riquísimos penachos; al considerar los escudos que le decoraban, el número de los carruajes de duelo y de la aristocracia que le seguian, así como los numerosos pobres que le acompañaban, el cadáver que se conducia á su última morada debia dejar un gran vacío en la sociedad.

Este cadáver, enterrado con tanta pompa, era el del marqués de Bourcel. Este hombre, desestimado de todos; este hombre, que habia causado la desgracia de su familia y manchado el brillo de un nombre ilustre; aquel jugador, aquel hombre de quien se habian apoderado los vicios, y que vivia en el desorden, recibia despues de su muerte los homenajes que, con justicia, se le habian negado en vida.

¡Coincidencia singular! el marqués, encerrado entre las cuatro paredes de un féretro, se hallaba, trascurridos algunos meses, en frente de aquel balcon, debajo del cual, en un acceso de torpe locura, se habia detenido para insultar á un jóven á



quien no conocía, y al que, mas tarde, había de encontrar en su camino como adversario.

El orgulloso mago, que en medio de las risotadas del escándalo, se dirigía al baile de la Opera, no había podido prever este pronto y fatal desenlace.

Oculto detrás de los cristales del mismo balcon, al que se asomó el joven abogado durante aquella memorable noche, madame Durosay miraba pasar el entierro. Las armas y las iniciales le revelaron inmediatamente el nombre del difunto. Así es que, á la presencia de aquel fúnebre carro, no pudo menos de pensar seriamente en el mal paso que había dado. Sentía en el alma, no el marqués, por quien jamás había experimentado una formal inclinación; sino al deplorable capricho á que había obedecido escribiéndole. Le parecía que los remordimientos que la asaltaban desde aquella culpable ligereza, acababan de adquirir una forma siniestra que por do quier se presentaba ante su vista.

Arrepentida, y no pudiendo desprenderse de aquella fatal idea que retrataba en su imaginación con los mas vivos é impuros colores su impremeditación, Sofia, inmóvil y con la vista fija, se hallaba en uno de esos momentos en que el pensamiento, entregado por completo á la contemplación de un objeto determinado, hace abstracción de cuanto le rodea y solo se encuentra dominado por un solo y esclusivo pensamiento. Esta lección que recibía Mme. Durosay era terrible. Creía ver el sagrado Codo de Dios, que le marcaba en la frente, y aquella carta, afortunadamente sin mas consecuencias, bajo ningun concepto, que la de haberla escrito, se presentaba ante sus ojos como una sombra acusadora.

Poco á poco, se fué serenando; dió gracias á Dios que le apartada de una mala senda, en la que había empezado á dar ya un mal paso; pensó en la quietud y dulce tranquilidad que podía disfrutar en el hogar doméstico, comprendió lo mucho que valía la convicción de obrar bien,

que proporcionaba la paz del espíritu, y juraba respetar y apreciar en todo su valor el sincero cariño y protección de aquel venerable y honrado anciano, que siempre fiado en su virtud y siempre bueno, se adelantaba siempre á satisfacer sus caprichos, á proporcionarle cuantos goces apetecía, y á prodigarla los mayores cuidados.

Pensó tambien en Florencio; aquel joven á quien siempre había profesado una particular aversión, que los años no habían podido destruir, se le representaba como su salvador. Sin él, aquella fatal carta hubiera caído en poder de su esposo como un borro lanzado á sus respetables canas. Comprendía las terribles consecuencias á que se había espuesto; hacia firme propósito de ser una esposa amante y virtuosa, prodigando además á Florencio los cuidados y cariños de una madre.

Si Mr. Durosay hubiese estado menos absorbido en sus pesares de padre, quizás hubiera notado la desusada gravedad de la acogida que le hizo su esposa y la tristeza que en ella se retrataba. Pero todas sus facultades se hallaban materialmente en suspenso al influjo de su desesperación. Podía decirse que ya no pertenecía á este mundo.

Como mujer discreta y de fino tacto, Mme. Durosay tuvo buen cuidado de no ofrecer á su marido esos insulsos y vulgares consuelos que exacerban el dolor en vez de mitigarlo. Mezcló su llanto con el suyo; se acusó de haber sido injusta para con Florencio; se lamentó de haberle rechazado, oponiéndose á que llevase el nombre que le pertenecía, y concluyó por arrojarle á los piés del anciano, demandándole perdón, y prometiéndole borrar su falta prodigando las mayores pruebas de afecto á aquel joven á quien tendria á orgullo poder dar el dulce nombre de hijo.

La situación en que se hallaban los dos esposos fué interrumpida por la llegada de un criado. Teresa Picard llamaba con urgencia á Mr. Durosay.

El abogado y su mujer, que había instado por acompañarle, fueron recibidos por la bretona. Les manifestó que Florencio había vuelto á la vida, y que, aunque el letargo fué de larga duración, el enfermo estaba en un estado satisfactorio, que hacía concebir positivas esperanzas. La alegría del anciano al oír estas consoladoras palabras, rayaba en delirio. Se precipitó en la habitación de su hijo, y Mme. Durosay, Teresa y Francisco le siguieron.

—¿En dónde estoy? preguntó Florencio.

—Junto á tu padre, junto á tu segunda madre, respondió el abogado.

Mme. Durosay imprimió un beso sobre la frente del joven.

De repente, se abrió la puerta, y apareció una mujer. Iba vestida de riguroso luto, y bajo el espeso velo que cubria sus facciones, se descubria una belleza sobrehumana. Florencio, al verla, dió un grito, y por un movimiento sobrenatural se sentó en la cama.

—¡María! exclamó.

La joven viuda se acercó al lecho.

—¡Vivid! le dijo, y dentro de un año mi mano os pertenecerá.

El enfermo tendió los brazos hacia ella, y brilló en sus ojos un rayo de incalculable dicha.

—Desde hoy mi vida os pertenece, añadió la viuda.

—¡Ah! eso es demasiado! murmuró Florencio con ahogada voz.

Y su rostro se inundó de lágrimas.

—¡Ah! ¡María, María! ¡qué soy yo para subir hasta tí!

—Hijo mio, respondió María con una deliciosa sonrisa, en la que se revelaba su pasión; ¿el corazón no tiene tambien sus blasones? ¿El alma no tiene tambien sus escudos de nobleza? Yo no era mas que marquesa, Florencio; vuestro amor me hace reina.

Y al pronunciar estas palabras, tendió la mano al enfermo.

Todos los espectadores á aquella tierna y conmovedora escena, derramaban copiosas lágrimas.